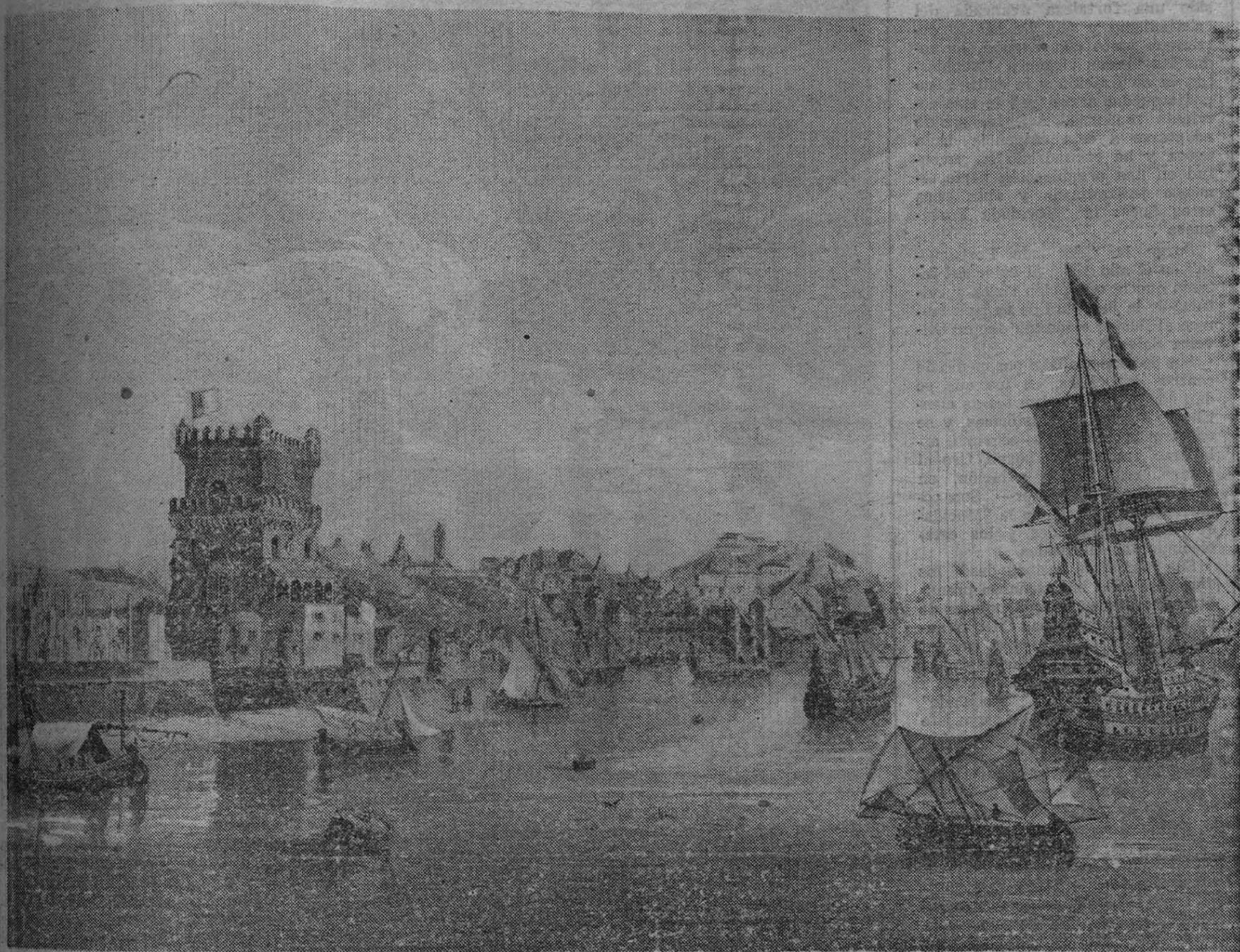


S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A

AÑO I

MADRID, 18 DE DICIEMBRE DE 1942

NUM. 50



El puerto de Lisboa y la Armada Invencible

COINCIDIENDO con el anuncio del viaje que nuestro ministro de Asuntos Exteriores, Excmo. Sr. Conde de Jordana, realiza a Portugal para corresponder a la visita que en febrero último hizo a España el Presidente del Gobierno y ministro de Negocios Extranjeros, doctor Oliveira Salazar, SI ofrece su número homenaje a la nación portuguesa con el siguiente

SUMARIO

Origen y fines de la "Mocidade", por C. E. Página 2.
 El general Carmona. Cuartillas del ministro de Asuntos Exteriores de España y del embajador de Portugal. Página 3.
 Misión de la Península, por Antonio Ferro. Página 4.
 Teoría y perfil de Oliveira Salazar, por Jesús Suevos. Pág. 5.
 Historia peninsular, por Manuel Ballesteros Gaibris. Página 6.

Portugal y su Imperio, por Manuel Murias. Página 7.
 Los "viriatos" y el anticomunismo de Portugal, por Jesús Evaristo Casariego. Página 8.
 Portugal y el mundo que nace, por João Ameal. Página 9.
 El mar de Portugal, por José María Castroviejo. Página 10.
 España en la literatura portuguesa, por Eugenio Montes. Página 11.
 El corporativismo portugués, por Eugenio Pérez Botija. Página 12.
 "Os Lusíadas" y el "Quijote", por Salvador Lissarrague. Página 13.
 La cultura y el libro hispano-lusitano, por Juan Antonio Tamayo. Página 14.
 Unamuno en Portugal, por José María García Escudero. Página 15.
 Memoria de un jardín, un río y una fuente, por Román Escotado. Página 16.
 Ilustraciones de Tauler, Eguía, Vázquez Prada y Gabriel.

La organización de la juventud portuguesa

ORIGEN Y FINES DE LA "MOCIDADE"

LA organización de la juventud, su educación, el cultivo de su inteligencia y de su espíritu, el mejor desarrollo de sus facultades físicas, es una preocupación que no escapa a ningún Estado moderno. Salvarla de aquellos principios que puedan corroer su alma y hacerla útil para el elevado servicio de la patria es un deber que el mundo contemporáneo ha comprendido como ineludible. Esa es la razón de ser que tienen todas las organizaciones de tipo juvenil.

Portugal, que siempre ha estado a la vanguardia de los movimientos salvadores del espíritu, que ha sido una fortaleza avanzada del cristianismo y que ha sabido derramar, junto con España, en todas las tierras vírgenes descubiertas, la civilización y la cultura, no podía quedar al margen de esta corriente moderna. Así, ha sabido adaptarse a esta exigencia de la época y ha encuadrado su juventud en una organización perfectamente jerarquizada y apta para estos fines: la "Mocidade Portuguesa".

Surge la "Mocidade Portuguesa" en el año 1930, al calor del interés que la educación física y cultural de la juventud de su país merece al ilustre estadista doctor Oliveira Salazar.

Sus fines se realizan por medio de centros especiales, en los que se dan conferencias sobre temas científicos, literarios e históricos, y se cultivan los deportes—esgrima, atletismo, remo, vela, boxeo, tiro al blanco, natación y aviación, en vuelos con y sin motor—. Son colaboradores eficaces de la "Mocidade" las Universidades y los establecimientos culturales.

Sus miembros reciben desde los dieciocho años la enseñanza pre-militar, facilitada por instructores de la Legión portuguesa, Cuerpo auxiliar del Ejército, en el que al cumplir los veinte años ingresan los cadetes de la "Mocidade".

La dirección de la "Mocidade" la asume un Comisariado, cuyo jefe es Nobre Guedes. La Organización se divide en regiones que comprenden todas las provincias del país y las colonias. A su vez, la región se divide en "Alas" y el mando de la región está confiado a un jefe que lleva el nombre de Delegado provincial. El primer grado de la formación lo constituye una "quina", que se compone de seis afiliados con su jefe. El "Castelo" es el grado inmediato, compuesto de cinco "quinas" al mando de un "graduado" de Castelo. Cada cuatro Castelos forman un grupo. Luego existe la "Bandera", que está integrada por diez Castelos. La "Falange" es la última formación y la constituyen unos veinte Castelos.

Los afiliados a la "Mocidade" no pueden tener más de veintiséis años, y, como antes decimos, al sobrepasar esta edad ingresan automáticamente en la "Legión portuguesa".

En la "Mocidade" están comprendidos los "Lusitos", organización infantil en que forman los niños hasta los ocho años; los "infantes", que son los muchachos de diez a catorce años; los que pasan de esta edad hasta los dieciocho integran el grupo de los "vanguardistas", y los de dieciocho hasta los



veintiséis se llaman "cadetes".

Anualmente la "Mocidade" realiza grandes torneos deportivos. Son de gran relieve los que se efectúan el día 28 de marzo de cada año, fecha en que se conmemora el aniversario de la Revolución Nacional.

Al servicio del nuevo Estado, la "Mocidade" persigue la grandeza de Portugal y cristaliza en realidades las inspiraciones de su ilustre fundador.

La "Mocidade", en sus fines y organización, guarda muchos puntos

de analogía con las Instituciones de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

Por este medio, Portugal está incorporado al sentir general de una juventud vigorosa y culta al servicio de la Patria.

C. E.

Memoria de un jardín, un río y una fuente

(Viene de la página 16)

dín de la península, allí vestido en flor y aquí en estrellas. La Cruz de Cristo vuestra la lleva en la península Santiago. Cinco siglos después, cuando la Historia hace volver a España de Munster de Westfalia, parece diferente lo que siempre fué igual. Pero los días cambian y el jardín es el mismo. Se llama Hispanidad. En el principio, heroísmo y poesía, un jardín de la Historia, ascienden juntos desde Don Pelayo.

Que Dios nos guarde siempre la memoria. Memoria de un jardín, un río y una fuente. En un viejo retrato que pintó An-

tonio Moro sonríe dulcemente una dama portuguesa que, siendo Aviz, hizo Asturias. Se llamaba Isabel. Era nieta de Reyes que no tuvieron casi semejante, y su primera abuela tiene grabado el nombre en piedra viva en el gótico noble de Batalha: Filippa de Lancaster. Nació en la dulce tierra portuguesa que antes de ser jardín de los Borgoñas fué duro campamento de condes de Galicia y regalo de bodas de Reyes de León. Emperatriz y madre de Felipe II la hizo Carlos de Gante—único Emperador que vió la Edad Moderna—. El Pisuerga la mira—allí el jardín es otro, anda donde la Luna—, pálida, silenciosa,

enamorada, pasear con su hijo entre los brazos.

Memoria de un jardín, un río y una fuente no conserve el buen Dios, por el amor profundo al Portugal hermano, donde el Tajo termina su canción. La canción es la misma, la de siempre: la gran canción atlántica. Se llena el río de nombres y de fechas, de rumor de floresta, de torres, de banderas, de navíos, de cruces, de oraciones, de relumbre de espadas. He aquí la Hispanidad. La Emperatriz sentía a la orilla del agua igual que antaño bejo los altos chopos del Pisuerga.

Román ESCORCADO

S. E. el General Carmona, Presidente de la República Portuguesa

DATOS BIOGRAFICOS

NACIO el 24 de noviembre de 1869.

Entre sus ascendientes se cuentan varios ilustres militares. Es hijo del general Ignacio de Marais Carmona y de María Inez de Melo Corte Real. Desciende por línea materna del gran navegante portugués del siglo XVI Joao Vaz Corte Real.

Toda su vida militar constituye un nuevo ejemplo de devoción patriótica e intransigente culto al deber. Hizo sus primeros estudios en el Colegio Militar de Lisboa, entrando a formar parte del arma de Caballería en 1888. Capitán en el año 1903, fué ascendido a coronel en 1919. Desde 1914 es instructor en la Escuela Central de Oficiales, desarrollando intensa actividad en la preparación de los jefes que tomaron parte en la gran guerra del 14.

Designado general en 1922, al año siguiente y por indicación del Ejército fué exaltado al ministerio de la Guerra.

Fuó una de las principales figuras del pronunciamiento militar de 18 de abril de 1925, que constituyó la primera tentativa del Ejército para derrumbar el partido democrático y fué el acto preparatorio de la revolución de 28 de mayo de 1926, que implantó el actual orden político.

El 3 de junio de 1926 era nombrado ministro de Negocios Extranjeros y el 9 de julio del mismo año jefe de Gobierno y ministro de la Guerra.

El 25 de marzo de 1928 fué exaltado a la Jefatura del Estado.

En abril de dicho año encargó de la cartera de Finanzas al doctor Oliveira Salazar, actual Presidente del Consejo.

En 1929 visitó oficialmente España, siendo cariñosamente acogido por nuestro pueblo.

En 1935, y terminado el primer septenio de su magistratura, fué reelegido por otros siete años.

En 1938 tuvo lugar la visita oficial a las colonias portuguesas de Africa occidental y en el siguiente las correspondientes al Africa Oriental.

En 1940 visitó, también oficialmente, las islas de Madera y Azores.



Cuartilla del excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores de España

La mayor tragedia interna que ha sufrido España a lo largo de su Historia, nuestra guerra civil contra el comunismo, ha sido la ocasión de que los dos países de la Península Ibérica se hayan comprendido definitivamente y hayan hallado la norma incommovible de sus relaciones: desde ahora marcharemos siempre unidos como hermanos, con toda la lealtad y toda la confianza mutua de quienes se sienten tales, para bien de la civilización cristiana, que España y Portugal supieron extender en el pasado y sabrán defender en el porvenir.

Francisco Gómez Jordana

Cuartilla del Embajador de Portugal

Quando terminada a guerra de Espanha, vozes portuguezas e espanholas vieram celebrar que a amizade e o entendimento das duas nações peninsulares se houvessem tornado mais estreitos que nunca, nem todos mediriam talvez a grande transcendencia dess factol. Os anos duros que temos vivido não teem na verdade servido senão para consagrar esta lição da Historia: ajudando-nos mutuamente como amigos leais temos vencido muitas outras horas dificeis no decorrer dos seculos.

Madrid

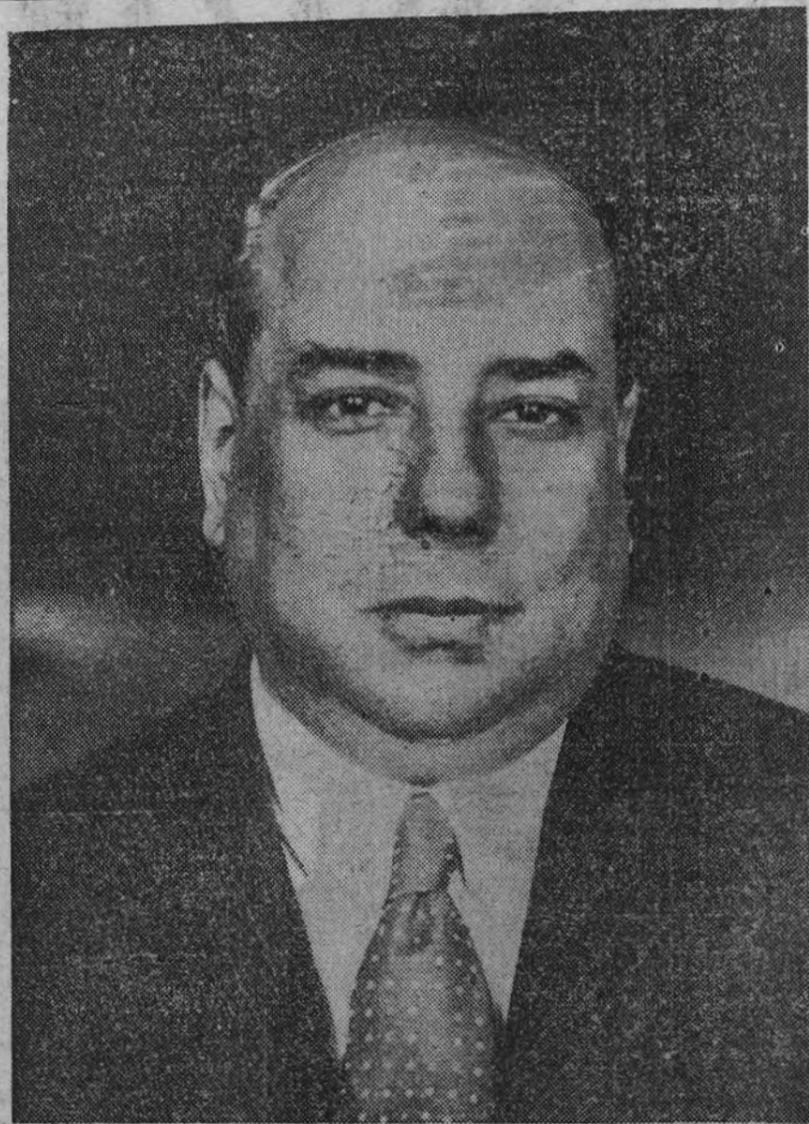
dez. 1942

Pedro Theotónio Pereira

Pedro Theotónio Pereira
Embaixador de Portugal

Misión de la Península

por ANTONIO FERRO



Antonio Ferro

EN medio del caos de nuestra época, en este mapa fluctuante del mundo con ediciones nuevas todas las mañanas, existen dos patrias cuya soberanía—flor de su eternidad—no podrá nunca ofrecer dudas o discusiones: España y Portugal. Confinada en su propio genio, en su Historia, que se confunde con la historia misma de la Tierra; separada del resto del Continente por una cordillera de altas olas, la Península se está transformando poco a poco en una gran isla, paréntesis de amor dentro de una Europa convulsionada por el odio. Y así, formamos, cada vez más, un mundo aparte, el mundo—nunca debemos olvidarlo—que creó al mundo.

Nada debemos a nadie. Nuestra civilización, que encontró en la Cruz su faro luminoso, no es subsidiaria de ninguna otra. Siempre fuimos señores, nunca esclavos. Tengamos presente en todo momento la sentencia de Alejandro VI, que a fines del siglo XV, en nombre de Dios, nos entregó el mundo dividido en dos partes, granada opulenta cuyos granos no supimos guardar. Si aceptamos este regalo divino para entregárselo nuevamente a Dios; si hoy no tenemos pretensiones territoriales, porque sólo las tuvimos espirituales, conservemos siempre vivo y luminoso el recuerdo de Tordesillas, que bastará para que nunca nos consideremos pequeños, sumisos ante otro cualquier pueblo. Lejos de nosotros la idea ridícula de querernos poner de puntillas, de caer en el pecado de una vanidad necia y fuera de propósito. Pero el orgullo legítimo, sano, de nuestro pasado ha de servirnos, si lo mantenemos firme, inquebrantable, para comprender que dos naciones que se unieron para descubrir el mundo jamás podrán ser esclavas, sea del mundo que sea.

Para afrontar el peligro común, para levantar juntos los puentes levadizos que todavía nos unen al infierno de nuestro tiempo, debemos estrechar cada vez más nuestro abrazo, seguros del sentimiento fraternal, desinteresado, puro, que siempre nos unió en las horas difíciles. En verdad nuestra amistad es la más bella de todas, porque vive al margen de los intereses creados, de las combinaciones diplomáticas, porque no necesitaría de tratados o de conferencias para afirmarse o definirse. No es una alianza circunstancial que se regule por las oscilaciones de la ba-

lanza comercial. Entre nosotros—con orgullo podemos afirmarlo—son los intereses de orden espiritual los que cuentan por encima de todos. Aquellos que algunas veces procuran intrigar (sin resultado), nada saben de nuestro pasado, ignoran cómo se levantaron nuestras fronteras, cómo nació y se firmó aquel respeto mutuo con que vivimos hace tantos siglos, dentro del mismo solar, debajo del mismo cielo, bajo la mirada de Dios, que nos mandó ser para siempre independientes y hermanos. Esos intrigantes, si hubiesen leído atentamente nuestra Historia, ya habrían comprendido que nuestra alianza es la más fuerte de todas, porque viene de lejos, porque puede llamarse la alianza de la fe.

Muchas veces se ha procurado encontrar la fórmula que mejor defina la unidad y el dualismo de los dos pueblos soberanos que habitan la Península. Esta unidad es la misma que torna solidarios súbditos de Roma a los católicos del mundo entero. Cada cual tiene su patria, por la que está dispuesto a luchar hasta la muerte; pero todos se unen como si hubiesen nacido en la misma tierra cuando el Imperio de Dios está amenazado. Y la Península es una posesión de este Imperio, del Imperio de la Fe. Por eso tantas veces nos encontramos en las mismas trincheras, en defensa del mismo ideal. Recordemos siempre que tanto España como Portugal se formaron y ensancharon no por un simple sentimiento expansionista, por simple ambición de nuevas tierras, sino porque se deseó conquistar para la fe de Cristo la Península quemada, asolada por otras religiones. Nuestra unión es, por consiguiente, trascendental, y sólo puede ser comprendida profundamente por españoles y portugueses. Nosotros tenemos realmente un mismo jefe, un Caudillo común. Pero ese Caudillo es Dios.

Fué bajo las órdenes de ese jefe que juntos combatimos en las Navas de Tolosa a principios del siglo XIII. Fué igualmente bajo las órdenes del mismo Caudillo cuando más tarde, pasado un siglo, acometimos en el Salado contra los granadinos, mientras los castellanos atacaban a los moros. Fué, por fin, la voz de Dios la que hizo la llamada de los aviratos, la que proclamó la guerra santa de la Península y nos unió, una vez más, en la

última Cruzada de la Reconquista. Estuvimos entonces al lado de los españoles, como en las Navas de Tolosa o en el Salado, sin cálculos, sin premeditación, sin contabilidad. Hoy como ayer, igual que Alfonso IV rehusando los despojos que le ofrecían, podemos afirmar a los españoles que partimos para auxiliarlos «en servicio de Dios», y que nunca pensamos en regresar ricos, sino victoriosos y honrados. Auxilio decisivo en la hora de peligro, de la arrancada; pero incondicional; auxilio de hermanos, que no esperan sueldo o reconocimiento porque son hermanos, porque consideran natural, por lo mismo, lo que hicieron... Aparte del amor que los dos pueblos de la Península sienten por las naciones que engendraron en América del Sur, no acreditado que pueda haber en el mundo en el momento presente dos patrias que estén ligadas una a otra por los lazos sentimentales tan fuertes. Somos tal vez los últimos caballeros andantes de la Cristiandad, los últimos hidalgos de la vieja Europa. Dedicación, desinterés, idealismo, son palabras fuera de moda, bien lo sabemos; pero no nos importa estar a la moda: nos importa estar bien con nuestra conciencia.

Pero no fueron únicamente las batallas lo que nos unió a través de la Historia. Otros lazos más íntimos nos ligan. Así como ciertos ríos nacen en España para venir a morir en Portugal, sangre de nuestros campos, así determinadas mujeres nacidas en Portugal fueron a morir a España después de haber fertilizado vuestra Historia. Si era leonesa, por ejemplo, la madre de D. Alfonso Henriques, padre de Portugal, era portuguesa la madre de vuestra grande Isabel la Católica, madre de España. Designio de Dios, sin duda, para consolidar la eterna soberanía de ambos pueblos, para que Portugal nunca olvide lo que debe a León y Castilla y para que España nunca olvide lo que debe a Portugal...

Pero no vayamos a creer que nuestra Cruzada terminó, que llegó de nuevo el momento de separarnos. No es esa la orden que nos manda el Cielo. El mundo, ciego, alocado, tonto, precisa de nosotros. Y nos cabe una gran misión si tenemos la conciencia de nuestra fuerza. En la subversión de los valores morales a que asistimos, la Península es posiblemente el último reducto de ciertos principios sin los cuales ni los hombres ni las naciones podrán vivir en paz con sus conciencias. «Pírdanse los Estados—dijo vuestro Felipe II—, pero no se pierda la fe.» Porque perdiendo la fe—quería dar a entender, sin duda, el hijo de Carlos V—es como se pierden con certeza los Estados... ¡Que, por lo tanto, españoles y portugueses no pierdan nunca el orgullo de su raza, la fe en Dios y en sí mismos! Sólo así la Península saldrá ileso de este nuevo diluvio universal y dará al mundo, sin precisar de intervenir en sus contiendas, el ejemplo de su orden interno, de su disciplina moral, de su caballerismo, de sus virtudes. España fué mayor que nunca siempre que sobrepuso su ideal a sus intereses materiales, con Fernando e Isabel, con Carlos V. Lo mismo aconteció a

Portugal. El Mar Tenebroso que supimos romper en el siglo XV, que tanto nos dió volvernos. Tenemos el deber de desventarlo de nuevo, de iluminar con la llama nuestro tiempo. Después de los descubrimientos del mundo físico en los siglos XV y XVI, la reconquista en el siglo XX, del mundo moral, ¿qué misión más bella podríamos ambicionar? ¡Que nos llamen Quijotes si quieren!... Orgullosos nos sentimos de sentir con ese título de nobleza poética...

Pero para cumplir esa misión, para imponer al respeto de todos los demás pueblos, dos condiciones son necesarias: la primera, no salir de nuestras casas, enanos y unidos; aproximarnos a nuestros hermanos de América del Sur, avivar nuestra vez más los caracteres que distinguen nuestra civilización profundamente cristiana. La segunda es no querer ser iguales a los otros pueblos, por mucho que sus manifestaciones exteriores nos deslumbraren, sino diferentes, profundamente diferentes. La gran fuerza de los pueblos que no aman la guerra por la guerra es su diferenciación, su originalidad. Lo que es diferente, lo que no comprendemos muy bien, siempre nos impone temor, respeto. Si, por el contrario, nos entregamos en demasía a la civilización de los otros; si nos mostramos fáciles, dispuestos a asimilar sus usos, sus costumbres y sus ideas, bien de prisa, casi sin darnos cuenta, nos dejamos absorber. Y tanto España como Portugal fueron dos grandes pueblos colonizadores; no son, por consiguiente, pueblos para ser colonizados. Vuestra propia última guerra, hermanos españoles, la página más bella del misticismo heroico de nuestra época, marca precisamente la sublección de vuestro nacionalismo contra las infiltraciones extranjeras, especialmente contra la invasión disfrazada, pero felizmente demasiado visible, del rojo moscovita... Franco, luchando por la unidad y por el carácter de España, fué así el último descendiente de Pelayo, rey de Asturias, del Cid Campeador, de Fernando e Isabel. De la misma forma, la revolución portuguesa, la revolución de Salazar, marcando la reintegración de Portugal a sus destinos históricos, nos dió un régimen nuevo, diferente de los demás. De esta diferencia, del carácter original y serio de nuestra experiencia nace el prestigio moral indiscutible de nuestro país en Europa y en el mundo. Franco y Salazar no son, por lo tanto, dos simples jefes políticos, sino dos banderas, los dos grandes jefes del alma de una raza que nació para ser eterna.

Fué la diferencia dentro del mismo ideal lo que ha mantenido viva la soberanía de las dos naciones de la Península. Es la diferencia contra todos los ideales ajenos a nuestra formación cristiana, la que defenderá a la Península de todas las influencias externas corrosivas, que tienden a destruir su unidad moral. ¡Seamos nosotros, seamos diferentes, y seremos eternos!



TEORIA Y PERFIL DE OLIVEIRA SALAZAR

Por JESUS SUEVOS

PROLOGO A LA SOMBRA DE MALAPARTE

CURZIO Malaparte planteó, en un libro sugestivo y vehemente, una insólita teoría, según la cual las figuras señeras de un pueblo son la expresión misma de las cualidades de que ese pueblo carece; y con no poco donaire ilustraba tal aserto, contraponiendo la cesárea estatua de Mussolini al italiano de góndola y mandolina que el Fascismo venía a depurar. Cualquier observador apresurado sentiría la tentación de incluir en tan discutible criterio la figura de Oliveira Salazar. Y se equivocaría. Porque tenemos por evidente—y en tal sentido hemos escrito con cierta extensión en estas mismas páginas— que el verdadero Portugal es muy distinto al torpemente amañado por literatos e historiadores sin escrúpulos, y que el auténtico portugués, lejos de ser ese colmo de sensibilidad y nostalgia que se pretende, es una grávida y severa personalidad.

Vamos a insinuarnos, con el rigor que la brevedad nos permita, a través de la recoleta figura del gran político, y rescatándola del vacío elogio sin discernimiento, procuraremos mostrar los entresijos y móviles fundamentales que hacen de este típico portugués una de las más sugestivas y ejemplares personalidades de Europa.

EL HOMBRE

Se dice, con razón, que el marino es el más imaginativo de los seres. Acosado por su soledad padece entrañables espejismos y descubre falsas islas en los atlas de la fantasía. El labrador, en cambio, no gusta de construir castillos en el aire ni dialogar con las sirenas; le place considerar morosamente el restringido mundo circundante y pugnar con él. Actitud más viril y fecunda. Porque, en definitiva, el imaginativo pretende sustituir la obra de Dios gozándose estérilmente con un mundo de sombras; mientras que el contemplativo se complace en lo creado y a sus exigencias se arrece.

Oliveira Salazar es hijo de campesinos, y su niñez transcurre en una saludable circunstancia rural. De ahí le viene su natural taciturno, su concepción sobria, tenaz y realista de la vida, su vocación por lo objetivo, medurado y tangible. Y de ahí, también la amable ironía con que, desde su pudoroso retiro, aborda las mil y una vanidades de la vida oficial y mundana.

Al campo debe Salazar su firmeza, pero no su sabiduría. El campesino es serio, pero torpe; camina con seguridad, pero con lentitud, y si es cierto que su alma es recia, no por eso deja de ser mezquina. Quien no se rescata a tiempo del contorno rural acaba por anquilosarse. Salazar, por fortuna, trocó en buena hora el paisaje por la celda y el rebaño por el libro. Su alma de adolescente recibió en el seminario el yugo de una severa disciplina mental. Ejerció su mente en la genial gimnasia de las humanidades y la filosofía, derribando los muros de su fe ingenua, le abrió las prodigiosas perspectivas de Dios y el mundo.

Así, pues, Salazar se erige, egregiamente, sobre dos raíces fundamentales: la tierra y la escolástica. Buena base para una cabeza firme y una voz que si no conoce el énfasis, tampoco es amiga de las vacilaciones. Sólo faltaba a su personalidad incipiente la inquietud del siglo y sus congojas. Y con ellas tropieza, al fin, en la Universidad hasta donde llegaban los monstruos que producen los sueños de la razón y las agonías del cristianismo.

Desde entonces Salazar ya no es un solitario. Su conciencia lacerada aprende que la vida es milicia y que el hombre no ha nacido sólo para edificarse y salvar su propia alma, sino para edificar al prójimo y colaborar con él en la defensa de las gran-

des ideas. El contemplativo se hace misionero. Y su ardiente vocación de proselitismo y apostolado le lleva a la cátedra donde su voz podrá adiestrar conciencias y enderezar conductas con su ejemplo.

Cuando Portugal le llama para que rija sus destinos, este hombre taciturno desciende lentamente de su tribuna y se inclina sobre su país con un frío gesto didáctico. Todo el mundo dijo entonces—y sigue diciendo—que cuando se es hasta tal punto comedido es porque no se tiene pasión. A veces en los rescoldos hay más calor que en las llamaradas. Y si es cierto que el corazón tiene sus razones que la ra-

bierno. Segunda. La Democracia es un hecho histórico inexquívable que se puede conciliar perfectamente con el Catolicismo. Tercera. Es necesario ingresar en la Democracia e instruir y reglamentar sus movimientos.

Esta clara y típica postura es mantenida por Salazar hasta el momento mismo de su ascensión al Poder. Quien entonces le considerase podría afirmar sin temor a engaño que la política que el joven profesor de Coimbra iba a inaugurar sería análoga a la de monseñor Seipel, Brüning, Dollfus o Dom Sturzo.

¿Es, pues, Oliveira Salazar pura y sim-

derarlo con calma) con el por José Antonio propugnado.

Salazar ha confesado a un periodista francés que el pensamiento de Maurras le ha servido de antídoto contra la excesiva preocupación social de sus años mozos. Pero creemos firmemente que no pudo ser en Maurras—positivista y pragmático—donde Salazar captase las trascendencias de su política. Fué el Genio de Portugal el que hizo el milagro. Y el que convirtió al técnico de la primera etapa en el gran político que hoy alcanza supremas razones. La política es un arte. Es decir, una creación y una técnica. Si el político es creador de nuevas formas históricas y nuevas médulas vitales, su capacidad política debe de ser calificada por "poética"; si es mero sustentador y regidor de lo ya creado, su política es "técnica". La palabra poeta se deriva de una voz griega que significa "el que inventa, el que hace de nuevo". Toda gran política ha de ser, pues, forzadamente poética. Por eso se equivocan lamentablemente quienes al hablar de Oliveira Salazar le consideran únicamente como gran técnico de las finanzas, creyendo con esto que hacen su supremo elogio. Si Oliveira Salazar no fuese otra cosa que un administrador riguroso y afortunado, su importancia sería muy relativa y, desde luego, su fama no hubiese rebasado las fronteras de su país. Afortunadamente es mucho más que un técnico: es un político, en el más riguroso y profundo sentido de la palabra. Un poeta, un creador: el escultor de un pueblo.

Cuenta un escritor lusitano que pasando un día por la aldea natal del gran político portugués preguntó a unos pastorcicos si sabían quién era Salazar.

—Ya lo creo—le contestaron.

—¿Y qué clase de hombre es? ¿A qué se dedica?

Entre el desconcertado silencio de los muchachos, el más pequeño de todos tomó la palabra y dijo gravemente:

—Es un poeta.

A veces la Verdad gusta de hablar por la boca de un niño.

EPILOGO A LA SOMBRA DEL SIGLO XVIII

Cuando se vive en Lisboa y se contemplan sus urbanas perspectivas es preciso repetir sin descanso dos nombres: el marqués de Pombal y Oliveira Salazar. La sombra del déspota ilustrado se proyecta majestuosa sobre la "Baixa", donde se ha hecho clásica arquitectura aquel espíritu geométrico a quien "las luces" habían empolvado el alma de soberbia y escepticismo. La voluntad constructora de Salazar se proyecta con no menos vigor sobre la ciudad blanca y pomposa, en la linda vera del Tajo. Pero Salazar tiene de ventaja sobre Pombal que no sólo edifica con cal y canto, sino con amor y esperanza. Tiene fe en Cristo y en su Patria. Y no se detiene ante el horizonte ennegrecido. Agota el afán de cada día y del ininterrumpido laboar cotidiano van surgiendo edificios, carreteras, aeropuertos y estadios. La fisonomía de Portugal se transforma bajo la mágica sugestión de un taumaturgo.

Contemplando un día la maravillosa estructura del Terreiro do Paço, nos recordaba un amigo la conocida frase de Eugenio d'Ors: "En el mundo todo lo que no es obra de romanos es obra del siglo XVIII". "Si—le contestábamos—, Pero en Lisboa, donde el terremoto se llevó lo romano, sería más justo decir que todo lo que no es obra del siglo XVIII es obra de Oliveira Salazar."

Y en ese juego de palabras hay otra gran verdad resumida.



zón no conoce, no lo es menos que la razón tiene sus pasiones que no conoce el corazón.

EL POLITICO

Cuando Oliveira Salazar nace a la inquietud pública, la Iglesia bajo la firme voluntad de León XIII, iniciaba su famoso alejamiento de lo estrictamente político para volcar toda su energía en lo social. Una atmósfera de renovación, propicia a los jóvenes, rodeaba la nueva táctica de especulaciones y polémicas. Salazar ingresa en el "Centro Académico Democrático-Cristiano" de Coimbra, donde desde el reducto de la "Rerum Novarum" se pretende introducir entre los estudiantes la confianza en un catolicismo liberado de profanas y marchitas ligaduras. Ya no importaban los regimenes ni las clases, sino los hombres y su reincorporación a Cristo. Frente a la Internacional marxista Roma levanta su barrera universal. Allí estaba el germen de los que, años más tarde, iban a ser partidos populistas o del Centro Católico.

En 1914 Oliveira Salazar pronuncia en Oporto una conferencia en extremo significativa. Título: "La Democracia y la Iglesia". Tesis fundamentales: Primera. Importancia secundaria de las formas de Go-

plamente un populista? En modo alguno. Lo era, sin duda, el joven profesor de 1928; pero entre él y el maduro político de 1942 se interfieren las geniales pujanzas e intuiciones que sólo el Poder concede. Se suele decir que el Poder aísla a los gobernantes robándoles el contacto del pueblo y enajenándoles, por consecuencia, la sensibilidad de las corrientes vitales. Nada tan falso. Sin duda el gobernante permanece ajeno a los tornadizos humores de la multitud caprichosa y versátil. Pero esto no tiene la menor importancia. Porque la multitud—lo que la Democracia llamaba "la opinión"—es sólo la frívola y superficial espuma del pueblo. Es en lo profundo donde yace la fuerza de la ola. Y sólo es capaz de recibir esta energía soterránea el hombre que con plenitud de poder se asienta, con voluntad de permanencia, sobre su Patria. Por eso—porque Salazar fué capaz de regir y permanecer—el esquema mental, la teórica que aportaba, cobró calor y arraigo, transformándose, gradual y firmemente, de populista en nacionalista. Nacionalismo, claro está, que nada tiene que ver con las burdas interpretaciones al uso, sino un nacionalismo espiritualista, curiosamente paralelo (y esto sería interesante consi-

HISTORIA PENINSULAR

Por **MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS**

CIERTAMENTE no me atrevería yo a comenzar unas líneas históricas bajo este título si no me hubiera precedido en la idea un portugués: Oliveira Martín en su «Historia de la civilización ibérica». El concepto es cierto y responde a una realidad cien veces repetida y comentada, pero que ha padecido —como tantas cosas semiaxiomáticas— el peligro de la topización, de la conversión en tópico. Para nadie familiarizado con la Historia hispánica es un secreto la comunidad de cultura, de raza, de religión y de destino de los dos pueblos peninsulares. Del tópico se nutren las alocuciones patrióticas y confraternales, pero detrás de él se van difuminando los conceptos más firmes, las verdades en que se asienta, y hoy es posible que pocos —aun conociendo los datos de la común historia— pudieran contestar con rectitud de interpretación a la simple pregunta de ¿por qué España y Portugal son pueblos hermanos? ¿En qué elementos se basa la identidad histórica de ambas naciones?

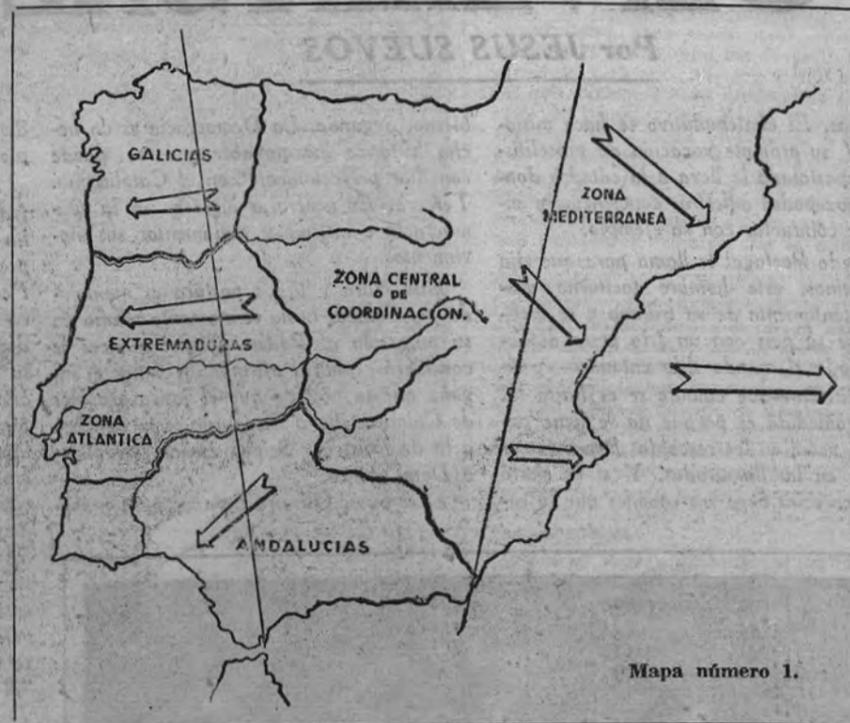
GEOGRAFIA E HISTORIA

El determinismo geográfico es uno de los mayores pecados en que puede caer el historiador. El dejarse llevar por la suave pendiente de ver en la historia un resultado de las condiciones geográficas convierte al hombre en una especie animal más y lo arroja de su altivo pedestal de rey de la Creación. Si creemos que los ríos, las montañas y los mares pueden condicionar la vida humana —la Historia— del mismo modo que dan lugar a las variedades zoológicas, habremos cometido horrible herejía de lesa humanidad. La posición contraria, como extrema, es igualmente errónea y conduce más a la oscuridad que a la verdad. El hombre, como parte de un todo creado por Dios, se pliega al medio, aprovecha de él todo lo que pueda proporcionarle de ventaja, y según le sea hostil o favorable habita en él o busca abandonarlo en afán emigratorio de «tierras prometidas».

Tal es el caso de la Península Ibérica, en la que su peni-aislamiento es la base de una comunidad muy cerrada entre sus tierras, que obedecen a directrices similares y en las que sólo imperativos de orden no geográfico han impuesto fronteras. Península Ibérica de orografía y hidrografía bien definidas, que casi no precisan de recordación y cuyos valores geográficos en el extremo de Europa, y del Mediterráneo, están hoy más que nunca en la mente de todo hombre. Pese a ello, preciso es que recordemos unos cuantos elementos que contribuyan a aclarar nuestras palabras posteriores.

Sin entrar en tecnicismos innecesarios, podemos apreciar en la geografía ibérica, de un modo clarísimo (mapa 1.º), tres fajas en sentido vertical del mapa que definiríamos como «mediterránea, central y atlántica». La primera, englobadora de las tierras desde el Pirineo a Murcia, con la «hinterland» aragonesa y serrana, es de evocación definitivamente oriental; la historia de los contactos recíprocos a lo largo de los siglos entre el oriente mediterráneo y esta zona catalano-levantina es la mejor prueba de ello. La segunda faja es —como diremos en seguida— la profunda «tierra interior» de la zona atlántica, con definido papel conservador y nutridor de esta última. De Norte a Sur, desde el Cantábrico a la desembocadura del Guadiana, la zona costera del Atlántico es una constante vocación de viajes ultramarinos, nueva Fenicia peninsular.

¿Quién ejerce la función de nexo entre las dos zonas costeras? Evidentemente, la faja central, que podríamos simbolizar —aunque geográficamente el término sea inexacto— con la palabra «Castilla». Pero si sirve de nexo, también de un modo claro, por razón de la inclinación de la meseta y de la dirección de sus aguas y



Mapa número 1.

espinazcos montañosos, su dirección preterente es la atlántica, la occidental, que obligará a la Historia a volver la espalda a Oriente y pensar sólo en Occidente. Por si esto es poco, aun lazos más tangibles unen la zona atlántica con la central. Tres grandes regiones son comunes a ambas zonas, las regiones que genéricamente denominaríamos «las Galicias, Extremaduras y Andalucías», en que la colaboración de la Geografía y de la Historia han dejado año tras año y siglo tras siglo su indeleble huella. El Duero, el Tajo y el Guadiana son el símbolo hidrográfico de esta gran verdad.

¿Qué quiere decir todo esto? Simplemente, que la Naturaleza presenta una tierra peninsular con imperativos indeclinables, a los que se van a ir plegando las aglomeraciones raciales y —al paso del tiempo— la Historia misma, que cuando encuentre barreras a su paso, desviará solamente un poco su trayectoria, indicando siempre claramente cuál debía ser su camino.

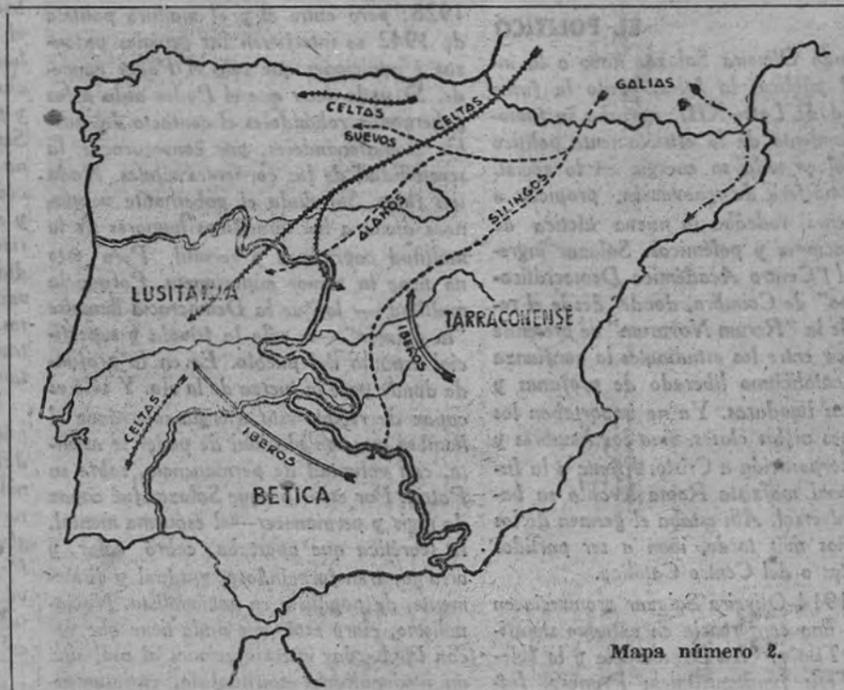
LA CREACION DE ESPAÑA

Si Camoens, al referirse a los hechos de sus compatriotas, dijo enorgullecido de ellos «as fortes gentes d'Españha», podemos hoy nosotros hablar de la Historia peninsular como de la Historia de España y apreciar cómo su elaboración fué simultánea, con leyes comunes, para todas sus tierras.

Si en las etapas de la Historia española apreciamos los varios momentos, vemos

al instante que tanto los pobladores primitivos como los invasores bárbaros cubren la superficie peninsular inicialmente de Oriente a Occidente. Los iberos se asientan especialmente en la zona mediterránea, pero los celtas, lo mismo que los suevos, en siglos mucho más modernos, desembocan —como una corriente de agua, y obediendo a las mismas normas de fluir— desde los Pirineos y ocupan la zona central y preferentemente la occidental. Las tribus primitivas —con su símbolo mejor en el pueblo numantino y en los guerrilleros lusitanos— son las mismas, salvo las diferencias interiores, para la meseta, el norte y el occidente peninsular (mapa 2.º). Esta realidad racial y geográfica es contradicha, en parte, por Roma y en parte confirmada. La Bética forma una provincia sola, la Lusitania se interna en el interior de la España actual y la Tarraconense —con una desmesuración territorial respecto a las otras— engloba simultáneamente a las zonas norte de Portugal y de España.

La Edad Media Peninsular —hecha abstracción de la zona oriental, que sólo en el fugaz momento de Sancho el Mayor abarca desde Navarra, Castilla y Aragón, como una promesa de futuros unitarios— es una continuación de las directrices marcadas desde la antigüedad. Alfonso I —siglo VIII— ocupa Galicia y su frontera corre desde el mar al interior. Fernando I —siglo XI— dirige más hacia la costa que al Sur sus correrías y Viseu, Coim-



Mapa número 2.

bra y Lamego son el testimonio, con nomenclatura portuguesa, de esta verdad. El Duero y el Mondego son alcanzados, desde Castilla, para poder condicionar años más adelante el nacimiento de un nuevo reino: el portugués.

Es durante este periodo medieval cuando simultáneamente, obediendo a los mismos impulsos, se van creando los reinos leoneses, castellano y portugués. De más allá de los Pirineos —de «ultrapuertos», según la terminología de la época— venía para Castilla y la futura Portugal el hábito peregrino de Europa, que hincaba su flecha terminal en Santiago, pero que dejaba rezagados en los caminos y llevaba con el viento, hasta el extremo lusitano de España, todo lo que el continente significaba en la civilización. Enrique de Borgoña inicia la dinastía Enriquez —enlazada con la Casa reinante castellana— a mediados del siglo XII. La aportación caballeresca de la Francia cruzada, que hacer creer a muchos historiadores franceses —o al menos, decir— que la Reconquista española es un fenómeno caballeresco franco —pasaba por el tamiz castellano (Enrique era yerno de Alfonso VI de Castilla)— para crear una dinastía reinante, en Portugal, sancionada por el Papa en 1140. La inclinación del Duero y del Tajo había llevado, junto con sus aguas, a los caballeros leoneses y castellanos para formar un nuevo núcleo cristiano reconquistador. (Mapa 3.º)

Y de modo simultáneo van entretejiendo su Historia —no parece imprescindible recordar cada uno de los pasos— Castilla y Portugal. Alfonso III de Portugal es yerno de Alfonso X de Castilla; los hombres de Portugal habían acudido a la llamada de Alfonso VIII de Castilla para la gesta de las Navas, y D. Dionisio era cuñado, en cierto modo —estaba casado con su hermana ilegítima—, de Sancho IV de Castilla. Dos Pedros reinaron simultáneamente en Castilla y Portugal. Todo esto, sin embargo, forma parte de la «historia coincidente» de pueblos de origen idéntico y puede entrar, por lo tanto, dentro del tópico. Paralelismo que hace observar a un historiador portugués, que el Gran Capitán y los caballeros de Alcazarquivir son los últimos guerreros medievales, como lo fuera Bayardo en Francia, que Colón y Vasco de Gama tuvieron las mismas dificultades e incidencias en sus respectivos viajes, y que nos muestra —finalmente— una enorme similitud histórica en el siglo XIX español y portugués.

No es, a pesar de ello, en la semejanza donde encontraremos la razón de la identidad histórica peninsular, sino en las dificultades que al normal decurso de los imperativos geográfico-históricos puso la organización política de la Península.

LA LUCHA CONTRA LA HISTORIA

Aljubarrota —como ha dicho un historiador español— al tiempo que marca el mayor avance portugués hacia el interior, es también la prueba de cómo ni con la victoria Castilla podía ser remontada, y decide, en cierto modo, el destino marítimo de Portugal; destino que se cumple en una Era en que la pasión náutica y el afán de nuevos horizontes —cerrados en Oriente por la desaparición de Bizancio— empuja hacia el mar a todos los pueblos europeos.

Portugal tenía su «hinterland», especialmente en Extremadura; pero entre la zona española y el mar se alzaba la barrera de una monarquía diferente, de una obediencia y un homenaje a un rey que no era el castellano. La derivación natural que había llevado desde León y Castilla a los hombres hacia Lamego y el Duero y el Tajo, se ve cortada. Si Extremadura quiere salir y dar cauce al deseo marítimo y aventurero de los suyos, ha de tener (Mapa 3.º) su dirección hacia

(Continúa en la página 11).

PORTUGAL Y SU IMPERIO

Por MANUEL MURIAS

COLON había regresado de su primer viaje... Los mareantes de Don Juan II, herederos en el saber y en el esfuerzo de los compañeros del Infante Don Enrique, que ya habían llegado a Madeira y a las Azores, a las islas de Cabo Verde y a la costa de Mina, proseguían en su empresa tenacísima, y teniendo doblado el Cabo de Buena Esperanza, llegaban a las puertas de la India.

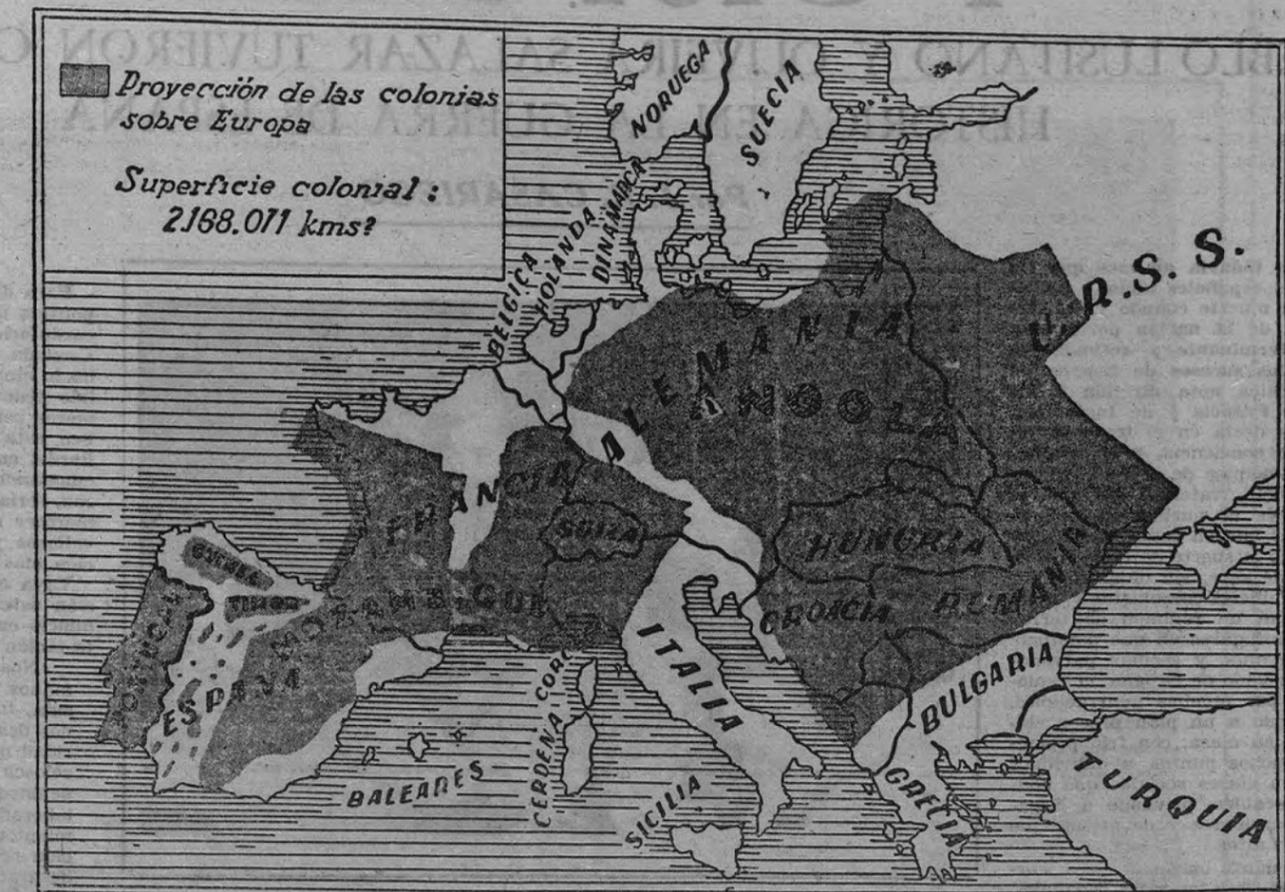
Entonces, para acomodar a las circunstancias los intereses superiores de los dos reinos peninsulares, se reunían en Tordesillas los astrónomos y geógrafos de los Reyes Católicos y de Don Juan II. Se tiene la impresión ahora de que tomaron en las manos la Tierra, como quien toma un hijo, y amorosamente la dividieron en dos mitades: una para Castilla y otra para Portugal.

En el hemisferio de Castilla alzaronse las naciones americanas, que, por mucho que los tiempos corran y las inquietas voluntades de los hombres se entrecorran, han de prolongar a través de los siglos el signo magnífico del genio creador de España.

En el hemisferio de Portugal se creó una de las mayores naciones del mundo, el Brasil (casi cien veces mayor de lo que es la Madre Patria), y fabricaron después sus Imperios otras naciones que vinieron más tarde a seguir la estela de los navíos portugueses del siglo XV...

El Imperio colonial portugués no es sino una pequeña parte, celosamente guardada, por entre sacrificios innumerables y casi insaciables codicias, del inmenso Imperio de Tordesillas. Mas tal como es no debe nada a nadie...

La Guinea y Cabo Verde (como, en otro caso, felizmente, no sean consideradas como colonias las islas de Madeira y las Azores) nos vienen, sin interrupción, de los descubrimientos "henriquinos", cuando el mundo era un tenebroso misterio para Europa; Angola nos viene de Don Juan II, desde que Diego Cao aportó la lengüeta de arena de la hoz del Congo, en que irguió de su primer monumento de descubrimiento y de posesión; Mozambique fué encontrado por Vasco de Gama cuando se encaminaba para la India. Macao está allá en la línea de las exploraciones efectuadas



a partir de Malaca y Timor, y el legado enterneado de la labor misionera, que había de multiplicarse por todo el Oriente.

He aquí por qué no hay migaja de tierra de este Imperio que no esté ligada a la Historia de Portugal que no esté presa a nuestra propia vida.

Y ya se comprende cómo en presencia de la metrópoli los fragmentos del Imperio colonial portugués representan un conjunto vivo, uno y fuerte, incomparable al de cualquier otra nación colonial moderna.

"Somos una unidad jurídica y política —proclamó Salazar va para diez años en una de sus más impresionantes declaraciones—, y deseamos caminar para una unidad económica, tanto cuanto sea posible, completa y perfecta, por el desenvolvimien-

to de la producción e intensa permuta de las materias primas, de los géneros alimenticios y de los productos manufacturados entre unas y otras partes de este todo."

Y ya antes dijera, repitiendo el espíritu y casi la letra del Acto Colonial:

"Tal cual, como el Miño o la Beira, y, bajo la autoridad única del Estado, Angola o Mozambique o la India."

En estos últimos diez años se caminó mucho aquí y al otro lado del mar para ser alcanzados los designios de Salazar. En junio pasado se reintegró en la administración directa del Estado el territorio de Manica y Sofala, en Mozambique, hacía cincuenta años confiado a la administración de la última compañía con poderes reales, verificándose de esta manera, con la unificación administrativa de Mozambique, un es-

fuerzo de ocupación económica y científica, de exploración agrícola y de fomento, que es uno de los motivos más legítimos de orgullo de las modernas generaciones portuguesas.

Se construyeron nuevos puertos, se modernizaron los que ya existían, se abrieron nuevos caminos de hierro y se mejoraron los antiguos, se desarrolló la exploración de minas. Se naturalizaron nuevas culturas. Elevóse el nivel de vida de los indígenas y de los colonos. Se transformaron las villas y ciudades creadas hace poco, como Nampula, o de raíces profundas en el tiempo, como Luanda.

En los dos millones de kilómetros cuadrados del Imperio hervía la vida, la vida portuguesa, y para bien de los sinceros lazos de sentimiento, que no hace mucho se invocaron, los intereses más salientes cimentan el pensamiento unitario de las distintas parcelas.

Es verdad que no se trata de un todo geográfico ininterrumpido. Son islas del Atlántico o del Pacífico, largas extensiones de tierra en la costa africana... Mas a los observadores españoles que nos leyeren no les costará comprender el sentido de unidad que, a pesar de eso, caracteriza a las diversas provincias del Imperio colonial portugués: nosotros, los peninsulares, somos los que explicamos al mundo cómo el mar une y no separa.

En tan largo espacio nos encontramos unos a otros: Angola envía su trigo para Mozambique, y su maíz para Santo Tomé y Cabo Verde; el tabaco perfumado que se fuma en Lisboa es de Angola y Mozambique; el café nos viene de Angola; también de Cabo Verde, de Santo Tomé y Príncipe; de Mozambique, como el azúcar, el cacao y el caucho, que nuestras fábricas transforman.

No hablaremos ahora en estas breves notas del valor estratégico de las islas atlánticas o de las costas africanas de Portugal. Bastará con sólo lanzar los ojos a un mapa y meditar... En toda la parte donde haya tierra portuguesa los portugueses, afanosamente, levantan, a través de los mares, los ojos llenos de añoranza a la Patria que nunca los olvida.

Todos sentimos que se nos ensancha el corazón al pensar en ellos: soldados, colonos, misioneros; y fácilmente confesamos que en la obra ingente de la Revolución portuguesa a ellos les cabe la parte más bella y más difícil.



LOS "VIRIATOS" Y EL ANTICOMUNISMO DE PORTUGAL

EL PUEBLO LUSITANO Y OLIVEIRA SALAZAR TUVIERON CLARA VISION HISTORICA EN LA GUERRA DE ESPAÑA

Por J. E. CASARIEGO

No hacía todavía un mes que los campos españoles oían a pólvora y a muerte cuando ya el Gobierno de la nación portuguesa había fijado—terminante y rotunda—su posición ante los sucesos de España en solemne y pública nota dirigida a las Cancillerías de Francia y de Inglaterra. «Obedece—se decía en el texto—a un llamamiento de conciencia, y en nombre de sagrados principios de humanidad, en nombre del afecto fraternal que une el pueblo portugués al pueblo español, lo hace por pensar que en esta guerra civil no está en juego la suerte de España únicamente. Hoy se sabe, sin dejar lugar a dudas, que las milicias comunistas y anarquistas practican un régimen de terror metódico en los lugares en que dominan. Destruyen el grande y secular patrimonio público y privado de España, la riqueza acumulada por muchas generaciones, como obedeciendo a un plan preconcebido. Asesinaron en masa, con fría premeditación, en muchos puntos, a individuos pertenecientes a clases sociales que consideraban indeseables, privando a España de nobles servidores y de algunos de sus valores más altos.»

He ahí con cuánta claridad se vea Portugal su actitud ante los rojos españoles, cuando éstos encontraban estímulos y complicidades vergonzosas en las mismas Cancillerías europeas que no dudaban, cuando les convenía, en proclamarse defensores de la civilización occidental y de la libertad cristiana.

AYUDA PORTUGUESA, PRIMERA

Más si se considera la definición jurídica y política del Estado, fué aún mayor la varonil e iniréplida impaciencia de sus mejores hombres. Se estaba aun el eco de los primeros disparos de nuestra santa Cruzada, cuando el auxilio espontáneo, caliente, fervoroso, de las buenas gentes lusitanas cruzó la frontera y llegó hasta nosotros en la forma bizarra de los primeros voluntarios y en las ofrendas humildes y emocionantes de las mujeres campesinas, que se acercaban a los puestos fronterizos o a las mesas de recaudación con una gallina, unos chorizos o unas botellas de vino para los combatientes de España.

Y desde entonces—desde aquel trágico amanecer de julio—la ayuda portuguesa a la Causa de España fué creciente y constante. Formaciones de guerrilleros, largos convoyes de viveres, municiones y vestuario y propaganda eficazísima desde aquel inolvidable micrófono de Radio-Club para alentar a los sitiados del Alcázar y de Oviedo y fustigar a golpe de dialéctica y de gracia a las milicias rojas de Azaña, de Giral y de Largo.

No, no hacen falta cifras, ni estadísticas, ni prosa retórica para mantener esta afirmación, que se sostiene por sí sola: Portugal fué el primero y más eficaz amigo de la España de Franco. El primero, porque la clara visión histórica del grande Salazar se dió cuenta, en rápido golpe de vista, de dónde estaba la justicia y la razón de la causa ibérica, y el más eficaz, porque abrió sus graneros, sus parques y su crédito al Movimiento desde el mismo día de su iniciación, que era cuando más necesitábamos de colaboraciones y de estímulos.

A última hora, cuando todo estaba decidido, nos tuvieron que reconocer hasta los más contumaces amigos y auxiliadores de los rojos, como los yanquis, los ingleses y los frentepopulistas de Francia; pero los primeros, ¡los primeros!, y los que más gallardamente se lo jugaron todo al lado de España fueron los portugueses, nuestros hermanos los portugueses, como dice el veracísimo y auténtico tópicos de todos los escritos y discursos interpeninsulares, que, no obstante, nunca fué de tanta verdad como en esta ocasión.

LOS «VIRIATOS»

Los soldados de Portugal que vinieron a luchar por Dios y por España sobre estas tierras fraternas que cubre su mismo cielo lo hicieron bajo el recuerdo épico del más grande capitán ibérico de la antigüedad: Viriato. Fueron los «viriatos» cruzados con la cruz de Avis sobre sus



parcos uniformes. No era, es verdad, la primera vez que la famosa insignia unificaba en común empresa a los dos pueblos peninsulares, ni creemos, ellos y nosotros, por fortuna, que haya sido la postrera. Pero pocas veces en nuestros últimos ocho siglos de historia, que son «os oito seculos da Historia» para Portugal, hubo empresas de tanta trascendencia.

Aunque no presentase a ojos superficiales la grandeza externa de «as descobertas» impares, bien la podemos considerar semejante a ellas. Entonces los altos varones de Lusitania y de Castilla araban con los tejidos de sus naos, hambrientos de inmortalidad, todas las aguas nuevas que daban la maravillosa redondez de la tierra. Y así fueron haciendo la nueva geografía; y en los sacros dejaban, con la sangre y el idioma, la Fe de Cristo y la civilización de Occidente. «Assi fomos abrindo aquelles mares», como en el verso de Camões, el Epico del Quintos. Pero ahora, si no lleváramos a nuevas tierras esa Fe y esa civilización, ¿si que las supiéramos defender y mantener en la tierra soñada, en la Madre Patria europea, que, gracias al esfuerzo de la Cruzada española, sigue aun siendo cabeza y archivo del mundo ibérico!

Hablar de heroísmo y de las bellas cualidades humanas y militares de los «viriatos» para alabarlos es decir cosa tan ciera y sencilla como que el agua moja y el fuego quema. Fueron dignos de su tradición, de su raza y de la Causa que servían. Y ese es su mejor elogio. Nosotros—que fuimos auténticos hermanos y camaradas de armas—no debemos incurrir en lugares comunes de arengas archaisadas, como aquellas de Nelson a los marinos de Nisa o de Wellington a los soldados de Busaco, no ligados a ellos por tan íntimos, puros y hondos afectos.

El voluntariado portugués se batió en España con una tenacidad y una dureza que causaría asombro en otra humanidad gladiadora que no fuera esta de la Península, ya harto dura y tenaz de sí. En todos los pelotones de la Legión heroica había algún portugués (todos los portugueses son, por autonomasia, «el portugués» en Castilla), y ese portugués era siempre de los más bravos.

Yo conocí uno, voluntario del Tercio de Oviedo, lisiado en una pierna, y que, por lo tanto, podía andar muy difícilmente, que pidió servir en ametralladoras, en una de las avanzadas más peligrosas del frente, donde la retirada era muy presuntible. Y este glorioso guerrero improvisado—que hasta días antes había sido pacífico y sedentario zapatero de portal—murió a caballo sobre el trípode jadeante de su máquina, cara al enemigo. Y entre las bárbaras ansias del combate, cuando hacía cantar su ametralladora, le oí decir, rechinando los dientes, como contestación a otro voluntario que le gritaba que el enemigo se nos echaba encima:

—«Os bermelhos! Que venhan, que venhan!»

Así cayó aquel «viriato», zapatero humilde de Viana de Castello («Ah minha terra minhota da alada fronteira!»), el soldado voluntario y laureado en la defensa de Oviedo, «el portugués» heroico de la ciudad sitiada.

No quiero aquí dar nombres propios de portugueses magníficos. ¡Fueron tantos los que con nosotros compartieron la dureza y la gloria de nuestra guerra! ¡Fueron tan espléndidas sus vidas, tronchadas muchas veces en flor por un beso de plomo! Fué tan bello el ejemplo de su gesto, que debemos aislarlo de la anécdota para que resplandezca como expresión del pueblo tan prócer y tan nuestro que supo comprendernos, amarnos y darnoslo todo.

TRADICION MILITAR

El buen soldado—dicen los tratadistas militares y camaradas con la experiencia cuantos hemos combatido—es aquel que reúne un conjunto de cualidades medias que le hacen apto para el ejercicio múltiple de la guerra. No basta el valor desordenado si falla la resistencia física del cuerpo o la moral de la disciplina, por ejemplo. Y entre los pueblos de Europa que crían mejores soldados, más propicios para la pelea, más valerosos y al mismo tiempo más sufridos y con más disciplina, Portugal ocupa un lugar preeminente. Las crónicas de la Milicia universal, y sobre todo de la Milicia marinera, están llenas de bellos nombres lusitanos, desde Nun'Alvares, en el siglo XIV, hasta Musinho de Albuquerque, en las postrimerías del XIX, y desde el infante Don Enrique, en el XV, hasta Saccadura Cabral y Gago Coutinho, en el XX, pasando por Vasco de Gama, el gigante. En la Historia española los nombres de Magallanes, Fernández de Quirós y Vaez de Torres ilustran con inaccessibles fulgores la gloria de nuestras navegaciones ultramarinas. Y para rendirle el tributo que su lealtad de caballero, su talento de político, su donosura de historiador y escritor castrense y hasta sus mismos infortunios se merecen debe traerse aquí el recuerdo de Melo, el de la guerra de Cataluña y de la triste pero heroica rota de Rocroy.

El soldado de la recia y entera Infantería lusitana es muy semejante a nuestros invictos «caloyos» gallegos de la Cruzada. Los «ventisqueros» de las serranías españolas, el frío mortal de la batalla navieña en Teruel, los ardores estivales del Ebro, calcinado de metralla; las llanuras resacas y arrugadas de la altiplanicie castellana en Brunete bajo el sol de julio, saben muy bien del mérito portugués, de su entereza en las fatigas militares y de su constancia en la lucha por el mismo Dios y casi la misma Patria. Como en las Navas de Tolosa y en el Salado, peleaban entonces junto a nosotros a impulsos nobilísimos de ideales superiores, sin más ambición que el servicio rendido a la santa Causa de dos grandes pueblos de trayectoria y civilización paralelas en la historia del mundo.

VISION DE SALAZAR

Para definir la clara visión histórica y política de Oliveira Salazar basta el recordatorio de su actitud durante nuestra Cruzada. Si su larga cadena de méritos no le cimentasen ya sobradamente el sólido pedestal que le coloca entre los primeros estadistas del mundo contemporáneo, esta actuación suya, rectilínea y gallarda, en unos momentos y en unas circunstancias en que tantos y tantos dudaron, sería más que suficiente para hacerle merecer a nuestros ojos los títulos más valiosos y la comprensión y la admiración más sincera.

Vaya aquí como muestra de esa posición este párrafo del discurso que pronunció en octubre del 36 ante una manifestación popular pro Franco en Lisboa:

«Nosotros y España somos dos hermanos, con casa separada de la Península, tan vecinos que podemos hablarlos desde las ventanas; pero con seguridad más amigos por independientes y celosos de nuestra autonomía. Como peninsulares enemigos episódicos y colaboradores constantes en los descubrimientos y la divulgación de la civilización occidental, nos cubren de luto las desgracias y los horrores de su guerra civil, sentimos como nuestras las pérdidas de su patrimonio material y artístico, la efusión de su sangre y la trágica desaparición de algunos de sus más grandes valores.»

Y al referirse a la colaboración portuguesa, a cuya vanguardia figuraban los legionarios «viriatos», afirmó:

«Es esta obra de defensa de la independencia nacional y de la civilización por nosotros ayudada a progresar y extenderse por el mundo, que debemos de llevar a cabo por encima de los ciegos, de los egoístas, de los inadaptados.»

Y en el comentario oficial a este magnífico discurso se escribió en el periódico gubernamental «Diário da Manhã»:

«Portugal no se somete a concepciones abstractas de una política internacional que vive exclusivamente de ciertos mitos verbales. Portugal preconiza la fórmula del Estado persona del bien en el orden interior y en las relaciones exteriores, o sea, por consiguiente, la lealtad de los fines y de los medios. Por eso mismo nunca pudo reconocer al Gobierno de los Soviets, que por sus actitudes se coloca siempre al margen de la moral internacional. Por eso mismo rompió con el Gobierno de Madrid.»

La gallardía portuguesa anticomunista, antisoviética, que brota de esos textos, y que fué móvil nobilísimo de sus voluntarios, rubricado con sangre caliente, quedó confirmada en la nota que Salazar envió al Gobierno de Londres el 22 de octubre de 1936:

«El Gobierno portugués—se dice en el apartado H) del documento—nunca reconoció la legitimidad del Gobierno bolchevique. No tiene ni quiere tener con esa entidad relación alguna. No le reconoce el derecho de inmiscuirse en la vida portuguesa o de hacer una pregunta al Gobierno portugués sobre el asunto que sea.»

Y el comentario oficioso a la nota en el mismo diario apostillaba así:

«La ofensiva del Gobierno de Moscú contra la nación portuguesa constituye uno de los actos de cinismo más escandalosos que registra la Historia. A los bolcheviques les falta autoridad para acusar, sea a quien sea y por lo que sea. La guerra que ensangrienta el país vecino es el resultado de la acción revolucionaria del sovietismo ruso, que la desarrolló en España con vistas a la subversión del orden en el Occidente.»

Tradición militar, bizarria combatiente, claridad de visión histórica. He ahí, esquemáticamente expresadas, las tres características que determinaron el movimiento bizarro de los «viriatos», hermanos y camaradas de armas en la Cruzada.

Vaya para ellos nuestro fraterno homenaje, nuestra camaradería castrense, que hoy tiene su cifra y su suma en la bella y trascendental misión cristiana y europea a que nos obliga nuestra Historia bajo este lema común:

«¡Todos a una contra el comunismo!»
«¡Arriba los pueblos ibéricos!»

Portugal y el mundo que nace

Por JOAO AMEAL

En las grandes horas de crisis y de lucha, cuando vuelven a estar en juego los propios fundamentos de la vida espiritual y social, es cuando son puestos verdaderamente a prueba, los que gusto llamar "pueblos jefes", es decir, los pueblos fundamentados en una gran obra histórica. Portugal ha sido, sin duda alguna, a través de los siglos, uno de estos "pueblos jefes". No ya por el valor de sus esfuerzos en la Reconquista y en el Descubrimiento, por el ímpetu heroico de sus guerreros o de sus navegantes, sino porque unos y otros obraron al servicio de ideales que los trascendían; porque unos y otros cumplían, con plena conciencia, una noble misión apostólica. En esa finalidad misional que siempre iluminó nuestra cruzada se encuentra el mayor título de los portugueses para merecer el respeto y la gratitud universal. Si llevamos hasta los más recónditos confines de la tierra el orden, la justicia, el testimonio de nuestra fuerza de expansión y de organización, el culto del heroísmo, también es cierto que llevamos, sobre todo como supremo ofrecimiento y supremo objetivo, la propaganda de una religión de amor, de fraternidad humana, de divina y rendidora misericordia. Tanto nuestros Reyes como nuestros conquistadores y marineros, que dieron cuerpo y amplitud al sueño imperial, llevaban como lema el "servicio de Dios". Nunca se oscurecía en ellos la conciencia de que—más allá del establecimiento de una soberanía política en nuevos continentes—eran portadores de una varilla de luz espiritual.

Así la empresa de Portugal en la Historia obedeció siempre a directrices ecuménicas y se tornó eminentemente "civilizadora". Nuestro concepto del Imperio no tiene, como de otros, un sentido de avaricia materialista, de agresividad cruel, de despiado orgullo; tiene, por el contrario, un sentido bien distinto. Ni agresivo, ni aborrecido, ni opresor, sino abierta y humanísimamente universal. Navegamos los mares tenebrosos y alcanzamos las más lejanas playas, a fin de dilatar, al mismo tiempo, como dice el mayor intérprete de la Epopeya, "la Fe y el Imperio". Y terminamos por dilatar, sobre todo, la Fe, ya que allí donde dejamos, por motivos superiores a nuestra voluntad, de ejercer el dominio, permanece y permanecerá, más fuerte que el tiempo, inmutable e invencible, la radiante presencia del Verbo de Cristo, definitivamente implantado por nosotros en lugares donde nunca, en aquel tiempo, habría podido llegar...

* * *

A través de los siglos la cultura portuguesa se caracteriza especialmente por una profunda sustancia lírica y épica. Somos una raza de poetas. Hasta los cronistas y novelistas se expresan poéticamente y a cada paso transfiguran sus narraciones de hechos magníficos con imágenes y símbolos que les prestan mayor volumen y resonancia. Las más gloriosas figuras de nuestra galería literaria — de Gil, Vicente a Camoens, de Fernando Lopes a Fernando



Mendes Pinto, de Antonio Vieira a Bocage, de Oliveira Martins a Antero de Quental—no se resumen o ciñen a los límites exigidos de lo "concreto"; proyectan su visión por otras perspectivas, interrogan al destino frente a frente, miran la vida y sus problemas "sub-specie aeternitatis". Raza de poetas—y de poetas místicos—sobre los cuales se cierne siempre una luz de aspiración "intemporal".

Ello es lo que orienta y eleva la posición portuguesa en este momento crucial y dramático de la historia europea.

Sabemos que estamos viviendo un período de transición y de génesis. Sabemos que no se trata ahora de componer obras artificiales o pueriles, sino de agitar y hacer clarividentes las grandes soluciones de orden religioso y moral, es decir: las soluciones verdaderamente "humanas". Situados en el extremo occidente, portadores de una tradición insuperable, sabemos que nos encontramos en el punto de reunión de las

más profundas corrientes del espíritu. Sabemos también que representamos con España el más puro baluarte de una civilización que varias barbaries amenazan, y en torno de la cual deben agruparse todas las energías capaces de salvar lo que ha de ser salvado.

Entre nosotros, fiel a estos imperativos, una generación consciente se levanta dispuesta para el improporrible combate. Despuntan las claras promesas de una edad nueva, y aquellas inteligencias que afrontan las graves interrogaciones del presente, derribando los falsos ídolos del ateísmo y del racionalismo, se exaltan en la construcción del futuro. Los mismos que no aciertan todavía con la buena senda y se extravían en el bosque revelan una mayor ansia de alargar horizontes. Esto nos anuncia una cultura portuguesa al nivel de las responsabilidades de hoy y del mañana, lúcida y creadora, capaz de dar "al mundo nuevos mundos", como en el friso de la historia, los

vanguardistas intrépidos del Descubrimiento.

Si se marcha hacia un nuevo humanismo—bien diferente del humanismo orgulloso, egocéntrico, pecador, que sucedió a la perfecta armonía medieval—, ninguno de nosotros ignora que ese humanismo nuevo consistirá en restituir al hombre a sus legítimas proporciones. "Ni ángel ni bestia", según la ley a fórmula pascaliana, liberado del rastrero gregarismo del "individuo" para erigirlo, otra vez, a la condición ética y espiritual de "persona". En fin, un nuevo humanismo ordenador, salvador, que traiga remedio a la grave y dislacerante crisis en que trágicamente se atormentan las almas modernas.

En esa batalla, en esa tarea, conocemos nuestro lugar y nuestro deber. Al nuevo "humanismo", Portugal, civilizador y evangelizador, prestará su concurso. ¡Como siempre, el mundo que nace nos encontrará en las líneas de vanguardia!

EL MAR DE PORTUGAL

Por JOSE MARIA CASTROVIEJO

«Que ousar e perfazer tamanho feito
Fôra a humanos esforços impossivel
Se o braço portuguez não ajudasse.»
«Garret»: CAMOENS. Canto IV.

ENTRE marino son de calafates vemos a Enrique el Navegante, duro, casto y soñador, sobre la inmensidad atlántica, desde su retiro de Sagres, lejos de la corte engañosa, rodeado de navegantes y cartógrafos, de la que es primera figura el mejor creador de mapas de náutica de la época: maese Jacome de Mallorca. Oliveira Martins nos dice bellamente que el infante se encontraba como embarcado en el punto elegido para su residencia. En efecto, desde la parva lengua de tierra peñascosa sobre la cual había plantado el infante Enrique su corte marítima se hacía a la altura todos los días su espíritu buscando la conquista del temible mar tenebroso, paralizador hasta entonces del esfuerzo de los denodados. Terribles leyendas mostraban condenado a muerte quien intentase rebasar el cabo Bojador, pero el infante no ceja y reprende a su escudero Gil Cannés, por no atreverse a doblar en su salida —1433— el temible promontorio; la vergüenza de la real ríña le impulsa y al fin lo dobla, trayendo a su regreso yerbas «las cuales eran conocidas en el Reyno con el nombre de yerbas de Santa María».

Está roto el embrujo, y luego todo es ya sucesión de milagros, navegantes que el tiempo multiplica: en 1436 llega Baldaya a la bahía de los Caballos; en 1441 Antão Gonçalves regresa con los primeros cautivos negros; el mundo no se termina en el Mar Tenebroso y las tierras tropicales están habitadas; en 1460—año en que Diogo Gomes descubre las islas de Cabo Verde—muere el infante D. Enrique en su villa de Sagres, como había vivido, y donde, según Duarte Pacheco Pereira—autor del «Esmeraldo de situ orbis», compendió en 1505 de todos los conocimientos geográficos de la época—se había retirado con los suyos de «las fadigas e maldades de este mundo», como un Jorge Manrique lusitano. Muere el infante, pero la orden de marcha está dada, y ya Portugal será una total movilización cara al riesgo y la gloria del mar, para perenne recuerdo, mientras exista historia.

De Pero de Cintra a Bartolomé Dias, Vasco da Gama, Alvares Cabral y Albuquerque se multiplica el milagro de las descubiertas bellas y barrocas que arrancan del Tajo bajo la sombra de la Torre de Belem, oteadora de límites. Así, en 1516 habían recorrido y dominado los lusitanos exactamente la mitad de la esfera terrestre con sus pequeños lugares cabaceantes: desde la costa meridional del Brasil hasta la isla de las Especies, a las puertas de Oceanía, pasando por el África, mientras, por otra parte, en 1517, llegaba a Cantón Fernando Pires de Andrade.

Un olor a canela e ilusión llena toda la hermosa época de las «naos», surcadoras de mares antes nunca navegados. Un olor que parece desprenderse del título que toman los gordos, rubios y encendidos Reyes de Portugal: «Señores de Guinea, de la Conquista, Navegación y Comercio de Etiopía, Arabia, Persia y de la India».

Camóens expone en el Canto X dos Luisiadas, de forma hermosa y precisa, la mecánica celeste corriente en su tiempo. Téti muestra a los portugueses un globo transparente constituido por diez esferas concéntricas hechas de quintaesencia y en cuyo centro se puede ver a la Tierra, formada por los cuatro clásicos elementos. Vasco da Gama se estremece, conmovido de desseo y de espanto.

Vés aquí a grande máquina do mundo, Etéria e elemental, que fabricada Assim foi do saber alto e profundo, Que é sem principio e néta limitada.

Por debajo del empuje, en luz tan clara y radiante que la vista ciega, corre la décima esfera, propulsora del movimiento diurno, con levedad. Dentro de ésta se halla la nona, tan lenta y subyugada a duro freno, que en doscientos años da apenas «un passo». Es la que produce el movimiento de precisión, por su lento giro en sentido directo, en torno a los polos de la elíptica. Por bajo de ella está el octavo cielo, el firmamento, que se viste con el largo cinto de oro de las constelaciones zodiacales y se orna con la aurea y fría pintura que las estrellas fulgentes van trazando.

Olha a Carreta, atenta a Cinosura, Andróméda e seu pai, e o Drago horrendo, Vê de Cassiopeia a formosura, El do Oriente o gesto turbulento, Olha o Cisne morrendo que suspira, A Lebre e os Cães, a Nau e a doce Lira.

Camóens glorifica también, Canto X, el

saber náutico de los portugueses, que se afanan en la cultura de la ciencia astronómica, base científica de los descubrimientos y que en el firmamento hacen destacar una constelación: la cruz de las estrellas, que debe servir de guía en las navegaciones australes. En el Canto V vemos a Gama aplicando la sabiduría del Astrolabio en el Angra de Santa Elena:

Porém en c'os pilotos n'arenosa Praia, por vemos en que parte estou Me detenho en tomar do Sol a Altura E compassar a universal pintura...

De antiguo le venía a Portugal esta fiel tentación pitagórica, sentida bajo el parpadeo de las estrellas con el hábito de la descubierta. Si de antiguo le venía, como también a España, cuando el noble y fraterno estímulo rivalizaba con el país hermano en rotura de espumas y descubrimiento de continentes e islas, bajo el signo de la cruz y la espada.

Los propios Reyes y las personas de la Real familia eran los primeros en dar ejemplos de alto interés por una ciencia fundamental para un país de navegantes. El Rey Don Duarte dedica dos capítulos del «Leal Conselheiro» a la explicación de las ruedas, por él dibujadas, para conoci-

guns astrolabios árabes antigos—Deinde vero post aliquot annos e andem tabulam exaratum reperimus in arabicis astrolabiis multis ante seculis constructis, quae clarissimus princeps Ludovicus Portugaliae infans ex manubis attulit Tunetis urbis.—(Petri Nonii Salaciensis Opera; Basileae, 1566, pág. 157.)

Los caballeros, «em perigos e guerras esforçados», que acuden a edificar «o novo reino ultramarino», ofreciéndose al peligro de los desconocidos y temerosos mares, tienen también necesidad de estudiar el arte de la navegación. En plena época de los descubrimientos es Duarte Pacheco Pereira un hermoso ejemplo de guerrero-navegante: su valor militar yace glorificado en el blasón de armas que le otorga el rey de Cochim, y su saber náutico y astronómico está patente en el «Esmeraldo». De la gran sabiduría y experiencia de Vasco da Gama nos queda constancia impresa, aparte la realidad inmensa de su obra, que es la mejor Coda, en Castanheda (Historia do descobrimento da India). El heroico D. João de Castro, que, por sus «Roteiros», firme ya en la historia de la ciencia como cosmógrafo, hidrógrafo y naturalista.

¿A qué seguir...? La pléyade sería in-

terable, y al lado de ellos, firmes en la aventura del mar, los rudos marineros, que tampoco Camóens olvida.

Os casos vi que os rudos marinheiros Que tem por mestra a longa experiência...

«Boa ventura! Boa ventura! Muitos rubis, muitas esmeraldas! Estais na terra da especiaria, da pedraria e da mayor riqueza que a no mundo!», grita Moncaida a Gama ante la embriaguez olorosa de Calicut Castanheda: Historia do descobrimento e conquista da India, libro I, capítulo XV).

«Que torrente de piedras y fulgencias en la India!»

Tem robis, diamantes taes Que não tem preço o contia, Esmeraldas muy reaes, Perlas de muy gram valia: Espinellas e tem mais Carbunclos, ametistas, Turquesas e chrysolitas, Cafiros, olhos de gato, Jagonças, de tudo a tracto, E outras mais que non som ditas.

(Miscelânea de Garcia de Rezende, e variedades de historias, costumes, casos e cousas, que em seu tempo acontecerão).

¡Qué júbilo en Portugal! El rey se apresura a comunicar a todas las ciudades y villas del reino la llegada de Gama, y en carta dirigida a los reyes de España manifiesta el alborozo, incendiado por las especies de Extremo Oriente y el delicioso

pasmo de la descubierta: «Acharam e descobriram a India e outros reinos a ela co-grandes edificios e ricos e de grande povoação, nas cuas se faz todo o tracto de canela, cravo, gengibre, noz moscada e outros modos de especiaria... Trouveram logo draria fina de todas as sortes, a saber rubins e outros; e ainda acharam terras em que ha minas d'ouro...»

Aquel Pedro Alvares Cabral, descubridor del Brasil, hijo del caballero Fernando Cabral, «o gigante da Beira»:

«Myger gualante Cabral Sois em corte feo, grande, E no campo outro tal.»

Rodríguez de damas, según Silveira nos dice:

Um mancias sois segundo, por servir damas tornado, e dos galantes sois dado por espello neste mundo...

Aunque no sólo damas cuidaba, pues sabemos, por el mismo Silveira que era «metedor d'avoros entre moças de pandeiro o soalheiro» (Cancioneiro General de Garcia Rezende, tomo I, páginas 189 a 192).

¡Nobles caballeros los fieles seguidores de Alvares Cabral, en su viaje de descubrimiento del Brasil, bajo la protección de Nuestra Señora de la Esperanza, cuya imagen y sonrisa les acompañaba! Sancho de Tovar, el sustituto de Cabral, hidalgo castellano, primer hijo de Martín Fernández de Tovar, de la villa del mismo nombre a seis leguas de Burgos, que fuera mandado degollar después del advenimiento de Fernando e Isabel, como perteneciente al partido de Alfonso V. Su hijo Sancho mató al juez sentenciador de su padre y se refugió en Portugal; es de los más claros linajes de Castilla, según el nobiliario manuscrito de Rangel de Macedo, existente en la Biblioteca Nacional de Lisboa: Simão de Miranda de Azevedo, de las más nobles familias de Portugal, así como Aires Gomes da Silva, descendiente del rey Fruela II, tronco del cual durante siglos surgen las más ilustres Casas de Castilla y Portugal: Nicolau Coelho, en la bravura y el esfuerzo inquebrantable, digno de su generación ilustre y a quien su contemporáneo João Roiz de Sá, lo:

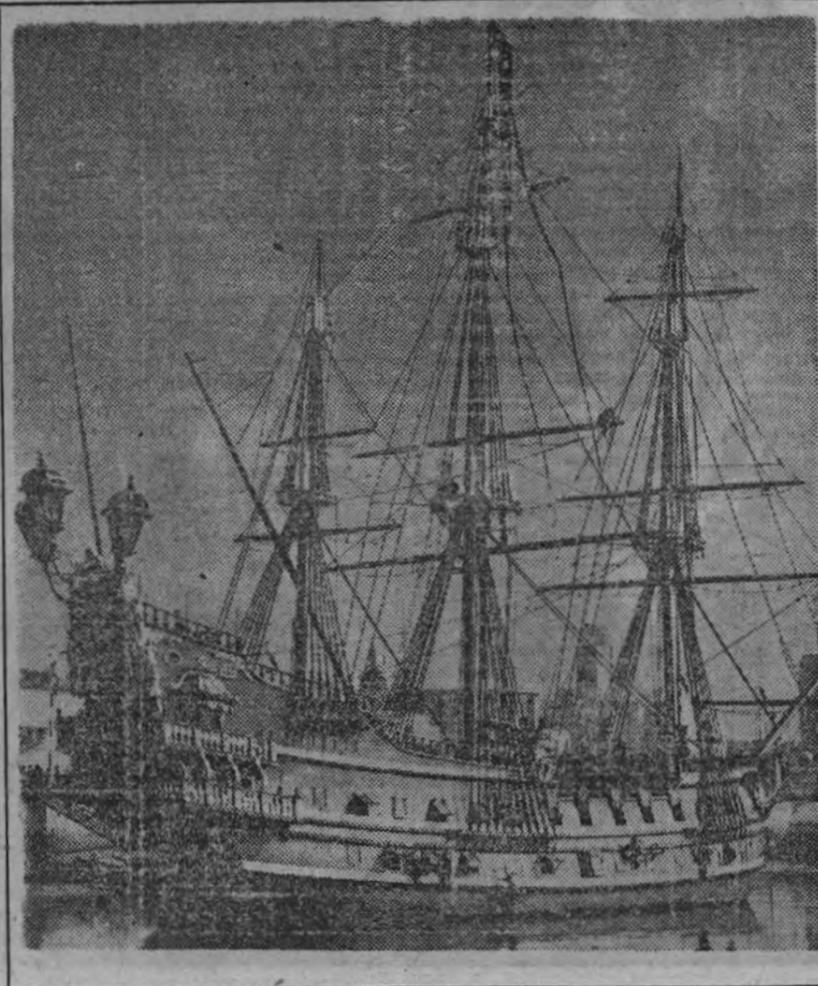
Coelhos, tal perfeição d'esforço e de opinião sostem no que começarem, que o coração lhes tirarem, não lhes tira o coração,

refiriéndose, seguramente, a aquel Pero Coelho al que D. Pedro el Cruel mandara arrancar el corazón. Nicolás Coelho acompaña, en 1497, a Vasco da Gama mandando el «Berrio» y siendo así uno de los descubridores de la India: Simão de Pina, Gaspar de Lemos, Luis Pires, Nuno Leitão da Cunha, Vasco de Ataíde, nobles y valerosos caballeros en la gran expedición de Cabral, juntos con Bartolomé Dias, cuyo nombre fulgente en la historia, está, para nuestro recuerdo, ligado a aquel cabo tormentoso de la sonora época, luego de «Buena Esperanza».

Era de ver aquel 8 de marzo de 1500 citada toda la hidalguía portuguesa en Nuestra Señora de Belem, cara al Tajo estremece, con el Rey a la cabeza, oyendo la misa que celebra de pontifical el obispo de Ceuta D. Diogo Ortiz, matemático y cosmógrafo, que auxiliara a Don Juan II en los planes de los descubrimientos, conocedor de los altos secretos de la nación.

Los colchás de los barcos, las banderas y los estandartes cubrían con sus colores al Tajo, que en palabra de João Barros, «ndo parecia mar, mas un campo de flores, com a prol daquela mancha juvenil que embarcava». Sobre el lustroso azul del río anhelante sangraba la Cruz de Cristo en el lino miñoto de las velas y llegaba, desde la Caparica, un fino viento que traba de los barcos. En la orla del agua el Rey se despedía de Cabral y de sus hombres y éstos le desaban la mano antes de subir a los bajeles... Sí, era de ver cómo las trece «naos» lusitanas descubrían después una tierra muy poblada de árboles y gentes, que fué el Brasil, según nos cuenta João Baptista Ramuzio en su «Navigazione et Viaggi», Venezia, 1550, cuya traducción portuguesa (tomo II, número 3, da «Colecção de Noticias para a Historia e Geographia das nações ultramarinas», Academia Real de Ciências, Lisboa, 1812) es una pura delicia.

Porque hay naciones pónicas abocadas al mar y a su gloria, como hay naciones cerradas, tal el caso de Francia, a la tentación del límite. ¡Ensalcemos hoy, con nuestra mejor voz, la gloria y ventura del marino, alegre y hermoso Portugal!



ESPAÑA Y LA LITERATURA PORTUGUESA

Por EUGENIO MONTES

AQUELLA Cosmografía de Munster era algo así como el Baedeker de la época. En su descripción de países, después de contar una por una las columnas romanas desenterradas por el fervor renaciente, o desclirando bajo el musgo las silabas latinas de una inscripción encontrada en las terenas, daba consejos sobre lo que se podía pedir en las posadas, indicaba los mejores caminos para las mulas y, lo que ya era grave, se atrevía a resumir, en juicio presuroso, la psicología y la cultura, definiendo con pedantería los caracteres nacionales. Nuestra España apareció allí no como enorme mancha negra, tierra agria e inhóspita cubierta por la sombra dogmática y cruel de la ignorancia, la melancolía, la tristeza. Y el portugués Damián de Goés se hallaba en Flandes cuando sus ojos, ávidos, madrugadores de lector, cayeron sobre un ejemplar de aquella novedad, última moda en la Feria de Francfort y Leipzig. Por temperamento y por gusto era Damián todo lo contrario de un fanático de la Contrarreforma; antes pasaba por heterodoxo y reformista, y quizá más por apartencia que por realidad, ios familiares de la Inquisición, husmeando sus pasos, le sentaron en el banquillo del Saneamiento en el crepúsculo de su vida. En rigor, más que hereje era voluptuoso de curiosidades y tertulias. Lo que le conmovía era coleccionar autógrafos y anécdotas de los grandes hombres de su tiempo, y si algunos de éstos se ponían en contra de la fe católica o se quedaba indeciso y cauteloso entre la Iglesia y la secta, a mitad de camino desde Emsat a Roma, no era él ciertamente quien tenía la culpa. Como encargado de la sucursal de los armadores portugueses en Brujas y Amberes, en cuanto barruntaba en el horizonte una nave con cargamento de especias venidas de la India ya estaba haciendo un paquete con la más fuerte pimienta para aplazar la gula herética de Lutero, o apartando la más olorosa canela en rama para deleite de la fina nariz humanística de Erasmo, con la esperanza de que la posta de Sajonia le trajese una sentencia, y, todavía más, de recibir una esquila con bella sintaxis latina llegada por la posta de Amsterdam.

Pues bien; a pesar de su liberalismo humanístico y de todos los pesares, cuando Goés vió en el libro de Munster aquella descripción de España, relatada con tintas tan agrias y hostiles, hizo de la pluma lanza en defensa nuestra, exaltando las virtudes españolas a la más empinada cima de la gloria. Y acosado por la polémica, tuvo el cosmógrafo que confesar que esos juicios enconados no eran de su propia ocurrencia, sino que los había tomado literalmente de un español, Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre y primer intelectual del 98. Un portugués, pues, defendió a España de la crítica malhumorada, toque de guerra civil, de un aragonés genial y fratricida. Todavía hizo más Damián. Encontrándose en Lovaina cuando los Ejércitos franceses atacaban la ciudad de las escuelas, salió a la muralla dando el pecho como voluntario de un Tercio español bajo las banderas de Carlos V, por la causa del Imperio. Eso significaba una cosa: que entonces, de fronteras allá, Europa adelante, un portugués sentía a España como prolongación de su propia patria. Y entonces era el momento de máxima pujanza de la nación lusitana, cuando sus naves rasgaban mares antes intactos y por olas nunca navegadas le revelaba el planeta a la Historia.

Empejada por su vocación marinera, Portugal no le pedía a Europa sino que la dejese irse, perderse, encontrarse en paralelos remotos, o sea, que la dejase en paz. Como esto no siempre era posible, cuando tenía que vérselas con algo europeo delegaba el común ideal en la activa participación española, considerando así a España como el hermano destacado en los asuntos del continente natal. Por eso Camoens, el cantor de la epopeya náutica, pudo llamarle a España «cabeza de Europa». Así, en los problemas culturales existe la conciencia de que sobre la diversidad de soberanías y de rumbos trasatlánticos se cierne una unidad de memoria y saber. Unidad que se expresa en las dos lenguas, en la castellana en Castilla, en la portuguesa en Portugal. Que incluso en la Edad Media tomó en toda la Península el gallego-portugués como idioma íntimo, y en la baja Edad Media, el Renacimiento, y hasta en el Barroco, se expresó el lusitano por medio de un bilingüismo evidente, desde el Infante D. Pedro y

sus copas hasta la larga escuela gongorina, pasando por el cancionero de Resende y el teatro bicentino. En la tradición áulica, en la ciencia jurídica, en el saber teológico y en la especulación matemática y científica, la frontera cristiana entre dos Reinos, apenas variable a lo largo de los siglos, no es obstáculo para la unidad cultural. Si en la preparación de los descubrimientos náuticos tenía Jacome de Mallorca a Sagres, Colón va de Lisboa a Palos a regalarle un mundo a la Corona de Castilla con la experiencia náutica que ha columbrado desde la atalaya atlántica de la isla de Madeira. Si las tablas alfonasinas le sirven al Infante para el cálculo de estrellas, Magallanes le sirve a Castilla para dar la vuelta al mundo. Y remontando el curso de los ríos que vienen de Castilla a morir a Portugal, manantiales portugueses de cultura van a desembocar a la anchura castellana, así el teatro bicentino, de cuya alegría renaciente hace Lope su caudal, y así la pintura del retrato que de las tablas de Nuño González llevan un característico sentido de lo fisionómico a la Corte madrileña de los Austrias, con la elegancia de Sánchez Coello y la gota de melancolía lusitana en la sangre de D. Diego de Velázquez. Ni siquiera la restauración de 1640 discute demasiado en serio la comunidad de espíritu por encima del perfil riguroso de las soberanías, pues el propio Don Juan IV compuso en castellano sus libros de música y uno de los más exaltados enemigos de la política del Conde-Duque, Francisco Brandao, mientras allega armas para la lucha civil, define a Portugal «como parte principalísima de España», entendiendo por tal la realidad geográfica de la Península Ibérica y la realidad ideal de la civilización española.

Sólo a la primer luz lunar del romanticismo surge aquí en las Letras una actitud antiespañola, inspirada por lo que Fidei de Figueiredo ha llamado «la forzada simonía de nuestro sistema diplomático». Los monjes del monasterio de Alcobaza tejen leyendas históricas de rivalidades inexistentes o exageradas, olvidando que su propio monasterio hunde

sus raíces de piedra en la real «leyenda del abad de Montemayor», incompleta estrofa de la épica medieval castellana. De esa actitud romántica es ejemplo Garret, justificando en un folleto publicado en Londres la alianza inglesa como medio de salvar la independencia de Portugal ante fantasmagóricos peligros de absorción castellana. Y no deja de ser curioso que el propio Garret haya ganado su gloria no con estos planfletos de mal diplomático, sino con su amorosa búsqueda, de tradición auténtica, de encontrar ante todo en los romances populares, es decir, en un género oriundo de Castilla.

A esa retórica que para salvar lo diferencial olvida cuanto hay de común en la personalidad corresponde el novelón histórico de Tomás Ribeiro, cantando con tópicos tenebrosos la angustia y el infortunio de una familia hidalga de la Veira en la época filipense. Novela que por desgracia sirvió de texto escoliar durante largos lustros.

Pero si en ciertos sectores de la clase media intelectual se extiende el prejuicio de que la personalidad lusitana para ser tal ha de alejarse de la española, en cambio en los mejores espíritus se fortifica la convicción de una solidaridad de destino entre las naciones peninsulares, tanto en las glorias remotas del pasado como en las posibilidades del porvenir. La generación realista de Anthero y de Oliveira Martín suscita en las resonantes conferencias del Casino y en la Revista Occidental esa absoluta unidad de cultura. Partiendo de premisas confusas quizá llegó Anthero a conclusiones también confusas, imaginándose que el resurgimiento peninsular depende de hacer tabla rasa de la tradición y dar a todos los vientos revolucionarios. Pero en medio de tales confusiones una claridad aparece con evidencia irrecusable: la de que no podría Portugal realizar algo grande en la Historia de españolas o en contra de los anhelos hispánicos. Igual convicción inspiran los estudios de Oliveira Martín, la más alta cumbre de la historiografía peninsular. Y a semejante actitud han llegado, asimismo, los mejores espíritus de ideas

gias contrapuestas. Por ejemplo, Barreto Monis, proponiendo a la meditación de sus compatriotas el hecho de que los momentos supremos de grandeur lusitana coincidieron con los momentos supremos de grandeur castellana, o Carlos Matbeiro Dias, exhortando a la mocedad con esta sentencia: «Nuestra convivencia familiar con España sólo puede parecerle peligrosa a quienes en su alma tibia sienten apagado el vivo e intransigente sentimiento de patria», y sobresaliendo por encima de todos los demás, Antonio Fardinha, al dedicarle su mejor libro a la memoria de los soldados españoles que, regando con su sangre anónima las arenas de Marruecos, supieron en un siglo sin esperanza darle vida a toda la grandeur histórica de la Península. Sin esperanza era el siglo cuando los ojos de Fardinha se cerraron ante los dedos de la muerte, pero haciéndose carne de realidad su anhelo ha llegado el siglo de henchirse de esperanza para los pueblos peninsulares por obra de aquellos mismos que de Marruecos vinieron al solar español a luchar por el futuro universal de los herederos de aquellos que descubrieron la unidad y la diversidad del orbe.

Quiero traer aquí dos recuerdos con valor de símbolo. El primero, evocando el momento en que la nave de Magallanes y Elcano, en su viaje de circunvalación del planeta, al llegar a los antípodas columbraron en el horizonte la nave lusitana con la cruz de Cristo en la vela que por camino opuesto cumplía igual ambiciosa singladura. El segundo, una extraña tabla que he visto un día en un museo vienés. Probablemente es esa la primer representación gráfica de gentes occidentales por un artista oriental. Describe en un paisaje japonés—bambúes, pagodas, al fondo la pupila triste de un lago mirando absorto—la escena, el abrazo de un español y un lusitano: el lusitano es el viajero Méndez Pinto. El español es San Francisco Javier. Líneas paralelas, las dos naciones peninsulares no se encuentran en lo menudo, lo cercano, lo inmediato, pero sí en lo trascendente: en lo infinito.

HISTORIA PENINSULAR

(Viene de la página 6)

el Sur, encontrando en los puertos atlánticos de Andalucía la salida que una barrera política la cerraba. La antigua dirección Este-Oeste, que incluso en tiempos de San Fernando tan palmariamente se había manifestado, corriéndola hacia Sevilla en lugar de descender por las serranías hacia Málaga, ha de convertirse en dirección Norte-

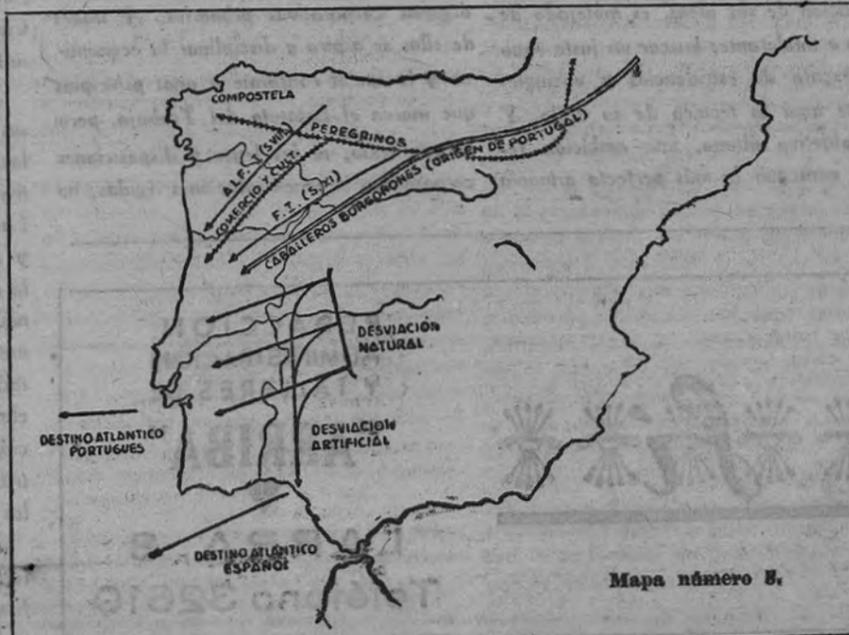
Sur, que en definitiva, no es más—y el pensar en ello nos abre horizontes nuevos—que una continuación de la ley conquistadora peninsular, que ha de convertirse en emporios americanos a Cádiz y Sevilla, sin tener en cuenta los puertos gallegos, por ejemplo. Las corrientes económicas, el curso vital de los conquistadores, los cauces políticos de los gobernantes obedecen, sin querer, la antigua

facilidad hacia el Occidente, que por razón del escollo político portugués se tuerce hacia el Sur, para doblar inmediatamente hacia el Oeste, tan pronto como se puede.

Al no poder aprovechar Extremadura y la Andalucía interior la lógica salida que les brindaban los puertos portugueses, es natural que crearan por su cuenta una salida hacia el Occidente, que la tradición centenaria les hacía buscar desde la meseta y los hogares iniciales de la reconquista.

La Historia peninsular se halla—y el tópico encuentra ahora razón de ser y justificación completa—íntimamente trabada por la mezcla continuada de hechos, de invasiones, de fundaciones, de batallas y de alianzas. No sólo la identidad y similitud que pueden tener las historias vecinas de dos pueblos hace pensar a los hombres de uno y otro que una hermandad indestructible los une, sino que la Historia y el medio les gritan a voces que cuando la evolución misma de las naciones levantó fronteras, el sedimento milenarior—Portugal y España llevan más de dos milenios de vida común—sigue discurrendo por encima y por debajo de ellas, para presentar ante el juicio de la Historia y de los siglos tantos y tantos trazos iguales, semejantes, coincidentes, que permiten decir, sin incurrir en lugar común, que se trata de «pueblos hermanos».

Manuel BALLESTEROS-GABROIS



Mapa número 8.

El corporativismo portugués

Por EUGENIO PEREZ BOTIJA

CUANDO tratamos de representar en fórmula fácil y asequible las características de un régimen político, propendemos siempre al esquema. Libertad, autoridad; individualismo, socialismo; igualdad, jerarquía..., son términos que sirven para rellenar ese esquema; mas sería equivocado buscar en la mera combinación de esos elementos la esencia y naturaleza del régimen corporativo portugués.

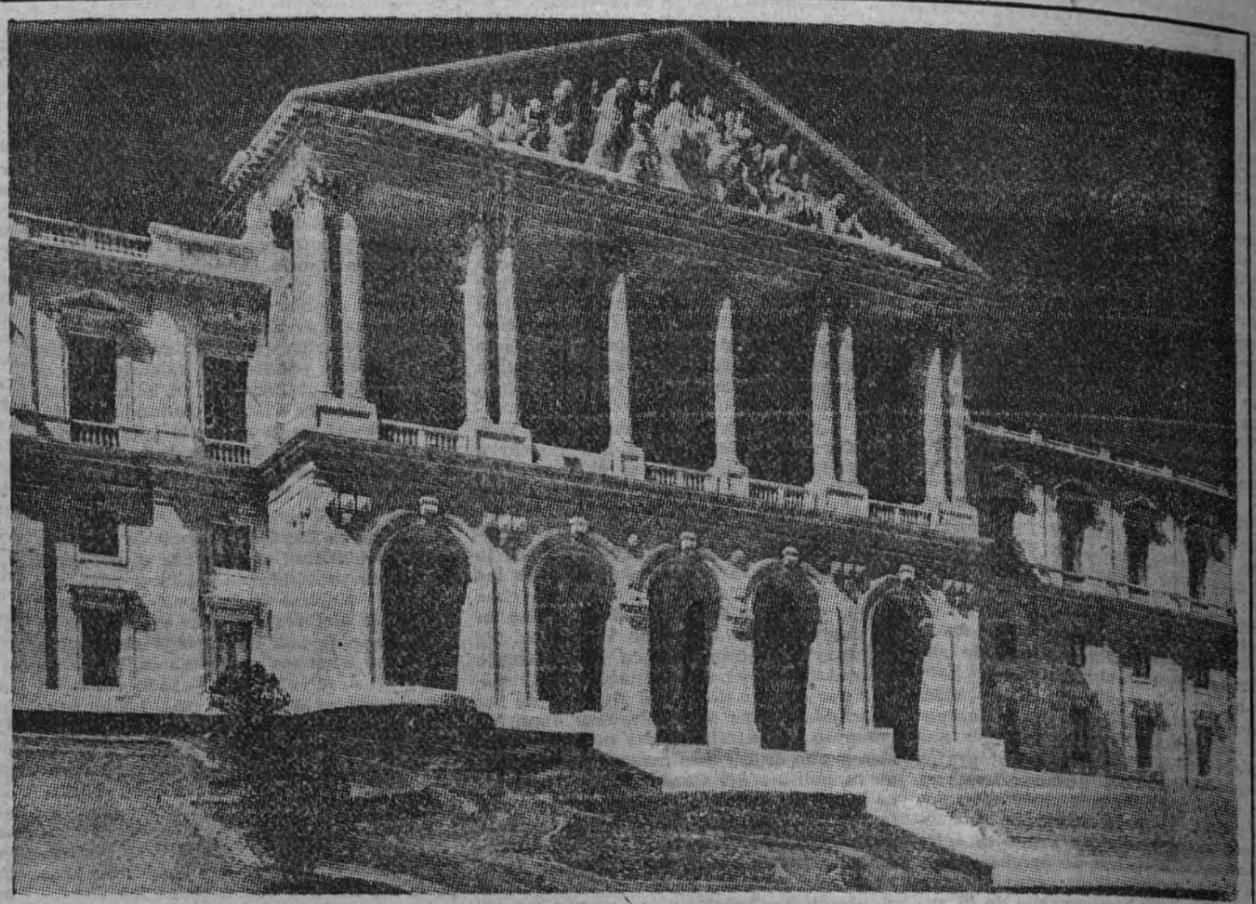
Como solución convencional podría aceptarse la idea de que en dicho régimen hay un intento de síntesis que integra la libre manifestación de lo individual y lo social con el intervencionismo del Estado. Los intereses del pueblo figuran en primer plano, mas las clases proletarias han de membrarse dentro de un orden nacional; los trabajadores no son preteridos, mas tampoco son desplazados los jefes de Empresa y los propietarios. Los productores ocupan un lugar en la vida político-administrativa que antes de una manera oficial no tuvieron.

Hombres de empresa y propietarios son agrupados en gremios; obreros y empleados se encuadran en Sindicatos; los campesinos en "Casas do povo", y en "Casas do Pescadores" los trabajadores del mar.

Pero esta estructuración profesional de las fuerzas económicas no quiere decir que quedan olvidados los intereses morales y espirituales; el universitario, el artista, el mismo sacerdote, ocupan puesto adecuado en las Corporaciones. Las "órdenes" de médicos, de abogados, de ingenieros, las feligresías y misericordias... se integran en la Cámara Corporativa. D'Annunzio, en la Carta del Carnaro, creyó ver un corporativismo amplio, de grandes vuelos, verdadera Polis orgánica, reflejo fiel de una estructura real de la sociedad. El corporativismo portugués persigue análogo propósito. No quiere ello decir que ese sistema influyera en el otro. Los teóricos y realizadores del nuevo Estado luso no alardean del prurito de la invención; tampoco aspiran a la originalidad, pero sí tienen la ilusión de no haber copiado modelos extranjeros.

En cuanto al papel y carácter de las Corporaciones, pregúntase uno, en primer término, si éstas someten al individuo a un intervencionismo más penetrante que el del Estado. En cierto modo así es; el hombre de empresa se siente fiscalizado más de cerca, quizás con más intensidad que si lo hiciera el propio Estado; pero, en cambio, tiene la ventaja de poder participar junto con sus compañeros en la resolución de los problemas que atañen a su actividad económica; el trabajador se siente asimismo más directamente protegido; la existencia de un Sindicato ante el cual pueda exponer sus quejas le veda el recurso de la huelga, pero le proporciona la garantía de los contratos colectivos de trabajo, verdaderas leyes profesionales que elaboran de común acuerdo Sindicatos y gremios, sometiendo a homologación de la Subsecretaría de Corporaciones.

Por lo que al matiz de la Política Social llevada a cabo por estos organismos se refiere, había dos alternativas igualmente graves y peligrosas. Una, de tendencias demagógicas, para interesar a las masas en el proceso del nuevo régimen. Con ella se



Fachada del Palacio de la Asamblea Nacional

corría el riesgo de que la Economía del país no pudiese resistir la experiencia. La otra alternativa era aplazar "sine die" toda reforma, y con unas livianas medidas de intereses para los trabajadores y empresarios, justificar una espesa burocracia corporativa.

Ambos peligros parece que fueron satisfactoriamente eludidos. El régimen portugués se caracteriza por la prudencia y por un buen sentido de la realidad. Si la idiosincrasia lusa pudiese sugerir en algunos espíritus el afán por la hipérbole y el énfasis, la experiencia corporativa en plena etapa de iniciación y aclimatación huye de brillantes pero fugaces objetivos.

El político, fundamentalmente hombre de acción, se mueve impelido por unos principios filosóficos, que va a desarrollar dentro de una realidad ambiental. No puede, pues, desconocer ésta; si se pliega a ella se le acusa de oportunismo; si se aparta de la misma, y persigue a ultranza la ejecución de sus ideas, es motejado de sectario e intolerante; buscar un justo equilibrio, exento de estridencias y vocinglerías; he aquí la técnica de su estilo. Y como objetivo último, una ambición fecunda: conseguir la más perfecta armonía

social y el más potente bienestar nacional.

El corporativismo portugués no nace en un partido político; tampoco es una experiencia de laboratorio, aunque los hombres que encarnan la dirección de la obra procedan del núcleo universitario de Coimbra. Y merece ser subrayado este detalle, porque además de la coincidencia de que son ministros varios profesores de Economía y de Derecho, forman el Consejo Corporativo el Presidente del Gobierno, ministro de Economía, Justicia, Obras públicas, subsecretario de Corporaciones y los catedráticos de Derecho Corporativo de las Universidades de Lisboa y Coimbra.

Hay, pues, razones para suponer que el corporativismo portugués había de tender a soluciones teóricas, y si éstas perseguían la sencillez, podrían olvidar la riqueza de matices que la vida social ofrece. Y, sin embargo, no es así. Le terido la oportunidad de conocer de cerca Sindicatos, Gremios Casas do Povo y otros órganos corporativos primarios. A través de ellos se aspira a disciplinar lo económico y lo social conforme a unos principios que marca el Estatuto del Trabajo, pero ni este texto, ni las leyes y disposiciones corporativas imponen soluciones rígidas; no

se cohibe la espontaneidad de los individuos y grupos sociales, antes bien procura utilizarse su dinamismo.

Los cuadros de la Administración pública no han sido aumentados. Y un Estado que no amplía su plantilla de funcionarios, ni dispone tampoco de un Partido en quien delegar funciones, tenía que llevar a cabo la obra corporativa con mesura y circunspección. Eligió pocos, pero eficaces colaboradores. El primer subsecretario de Corporaciones, Theotónio Pereira, y la persona que actualmente ocupa aquella Subsecretaría, el doctor Trigo de Negreiros, tienen una extraordinaria ilusión por lo corporativo. No quieren burocratizarlo, ni tampoco inyectar en ello tendencias políticas, que podrían haber sido excelentes factores de propulsión, pero contraproducentes a veces. El hecho de que aquella organización desemboque en la Cámara Corporativa no significa que se le otorgue primacía en el ejercicio de funciones cardinales del Estado, pues la Cámara tiene un carácter puramente consultivo.

Y si la organización corporativa lleva sus representantes a la esfera de la legislación, asimismo los incorpora en las actividades administrativas más concretas. La construcción de viviendas, la protección y asistencia sanitarias, la previsión social, la mejor utilización de los ocios y vacaciones obreras son obras predilectas del régimen, que quiere hacer llegar a los proletarios las excelencias de una vida más elevada, como muestra de esa preocupación por mejorar el nivel de vida de los trabajadores, que no pretende sólo subir los salarios.

De esta suerte perfila Portugal los contornos de un nuevo Estado y asienta más firmemente las bases de la convivencia nacional.



REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE

"ARRIBA"

LARRA, 8
Teléfono 32610

OS LUSIADAS y EL QUIJOTE

El trascender de lo real en las dos obras maestras del genio hispánico

Por SALVADOR LISSARRAGUE

No hay en rigor acción del hombre sobre la realidad que no sea en cierto modo un trascenderla. Lo mismo cuando piensa que cuando canta o modifica las cosas, no las deja el hombre a solas en su inmanencia, sino que las lleva más allá de sí mismas. Esto se ve muy claro en las dos últimas manifestaciones que se refieren a las más extremas y distantes actividades que podemos realizar en el mundo y con el mundo: cantarlas poéticamente o reformatarlas mediante la práctica proyección sobre él. En ambos casos, en efecto, nuestra acción lo saca de un modo o de otro de sus casillas. Es indudable que la acción del ingeniero a través de la técnica, como la del poeta con el concurso de su fantasía, transforma las cosas; en el primer caso en su tangible y física realidad, en el segundo en su significación y evocación ante nuestro espíritu, un profundo cambio se opera en el mundo en que se halla circunscrita nuestra vida. No ocurre lo mismo, aparentemente, con la actividad cognoscitiva, por cuanto en ella nos limitamos a pensar las cosas tales como ellas en sí mismas son. Y, sin embargo, el conocimiento supone también una trascendencia de lo real no menor que la que se verifica en las otras actividades del hombre con las cosas.

Conocer algo no es dejarlo estar ahí, idéntico, en su propia realidad y en nuestra mente, sino captarlo por ésta, haciéndolo trascender al sistema de las significaciones insertándolo en el orden superior del ser. El hombre vive entre las cosas trascendiéndolas. Como viador entre el mundo y Dios, en él trasciende el mundo de sí mismo. El hombre trasciende y hace trascender al mundo. En él, ser es trascender. Un modo de esta trascendencia es la creación literaria. Pero como en ella lo que se trasciende son las cosas mismas, el mundo que nos rodea, y en el que necesaria y constitutivamente vivimos, toda invención poética, toda creación literaria, tiene un apoyo necesario en la realidad, tal como primariamente se nos presenta. En ningún caso la creación es mero reflejo del mundo. En la más realista y puramente narrativa de las creaciones literarias cobra el mundo ese segundo plano en que nuestra mente y fantasía lo sitúan.

No siendo nuestro objeto seguir este gran problema a través del pensamiento filosófico, vamos a concretarnos a ver un poco el modo cómo el dualismo fantasía y realidad aparece en las dos obras más altas y simbólicas del genio hispánico: el gran poema naval y la gesta del Caballero de la Mancha, «Os Lusíadas» y el «Quijote». Si lográsemos sentar algunas diferencias, dentro de una fundamental similitud, habríamos logrado siquiera una tangente al alma hispánica. El problema requeriría un análisis filosófico de los géneros literarios, que está muy fuera del alcance de nuestras posibilidades y del de esta breve nota. Entre la novela realista o la narración histórica y la invención poética, lírica o épica se da una gama que va del máximo apoyo de las creaciones literarias en lo objetivo y real o cuasi-real al puro dominio de lo íntimo y de lo fantástico. Entre estos factores se da siempre una combinación en la que uno de ellos predomina.

Para examinar la cuestión en nuestras dos grandes obras literarias hay que tener presente un factor muy importante. Sea cual fuere el modo de verificarse la relación entre fantasía y realidad en la de Camoens y en la de Cervantes, la primera es poesía, y en la de Cervantes, la primera es poesía, y la segunda una narración novelesca. No falta, sino que constituye su contenido, la nar-

ración de hechos en la primera, y hay en la segunda insuperable creación poética; mas ésta pertenece formalmente a la de Camoens y la descripción novelesca a la de Cervantes. Hecha esta importante salvedad, que nos libra de la amenaza de tener que definir lo poético como tal, sirte, y que queremos evitar a toda costa (...por nuestra conveniencia), veamos cómo se verifica la conjunción fantasía y realidad en las grandes creaciones peninsulares.

Tomemos dos polos: una novela de Balzac o de Stendhal, por ejemplo, y la «Iliada» homérica. Es marcado en el primero el predominio de lo real en la pretensión

de pronto, caballero andante, ni Vasco de Gama pertenece al mundo social de la diosa Tetis y sus camaradas fabulosos del Océano. Y, sin embargo, Alonso de Quijano irrumpe, debidamente armado caballero, en la aspada esfera de los realísimos molinos y el héroe de Portugal es recibido en la maravillosa isla por la diosa marina, y con ella departe sin salir cada uno de sus respectivos mundos. La propia Tetis procede con tan exquisita discreción, que confiesa — caso insólito — al capitán de la Armada pertenecer, lo mismo que sus congéneres como dioses, a un orden fabuloso «... porque eu Saturno e Juno fomos fabulo-

Hay, sin embargo, en la conjugación de fantasía y realidad en las dos grandes obras notables diferencias. En el poema náutico ambos mundos se entremezclan, pero no chocan como tales. Podrán los dioses hostiles jugar a la gloriosa escuadra las malas partidas de Mombaca o suscitar desde el palacio de Neptuno, indudablemente con intenciones nada favorables, la tormenta del canto VI, que Venus aplaca; mas el mundo fantástico como tal no choca con la realidad considerada en su propia sustancia. Y este choque es el que se da precisamente en el libro inmortal de la prosa castellana. En el «Quijote» la fantasía se interfiere con la realidad y ambas se dibujan nitidamente y luchan entre sí como tales. La fantasía entra, según el plano del autor, en concierto amoroso con la realidad; pero en la acción de la obra se produce entre ellas una trágica lucha, sin solución amistosa posible. Lo real vence; el caballero queda en hidalgo...; pero en su muerte lo que era fantasía en el desarrollo de la obra se transmuta en el ideal supremo, que a la vez es altísima realidad de lo que García Morente llamó «caballero cristiano». Y esto nos lleva a apreciar otra diferencia entre ambas obras. El intercambio acontece en el poema de la gesta lusitana a lo largo del inmenso mundo que los portugueses van descubriendo, en el recorrido glorioso, «no reino de cristal líquido e manso»; la interferencia de ambas esferas tiene su arranque, en cambio, en el libro cervantino en el espíritu de un hombre que se siente limitado en su vida real y quiere glorificarse y glorificar a los demás en el fabuloso orden de la andante caballería. Este orden se desplaza y se sustituye al final de la obra por el verdadero y auténticamente glorioso de la caballería cristiana, que radica en el valor del alma.

La dualidad se resuelve también en el poema de Portugal por la superación en el espíritu católico, «que da occidental praia lusitana» mueve a los navegantes a conquistar para Dios la unidad del mundo.

Ingenuamente, en los luminosos albores, en el poema lusitano, y reflexivamente en la cumbre de la gloria y con el principio de la fatiga, ya en visible lontananza, en el libro español, Camoens y Cervantes expresan con insuperable belleza el anhelo ecuménico de las gentes hispanas.

Va de «Os Lusíadas» al «Quijote» lo que del Monasterio de Belem a El Escorial. Lírico, gentil y navegante el sacro navio del Tajo, es el templo imperial de Castilla, a la vez que lírico, amplio, severo, grave, grandiosamente ensimismado. Si los velámenes de Santa María se tienden grandiosamente hacia el mar, las líneas escorialenses dominan la tierra, y su cúpula y sus torres marcan escuetas, sin evasión, llenas de dignidad, la dirección del cielo, de ese cielo hispano donde lucen convertidas en estrellas — «Ellas prometen vando os mares largos, — De ser no Olympo estrelas como a de Argos» — las naves de Vasco de Gama.



formal de la obra, y en el segundo el de la fantasía. Lo que hay de fantasía en el primer caso queda absorbido por la intención realista (aunque no realista «como tal»); en el segundo caso, en cambio, los factores reales quedan transportados al ambiente mítico y fantástico del canto épico. Los dioses entran en comunicación con los guerreros de la «Iliada» porque éstos previamente pertenecen más o menos al ámbito de convivencia de aquéllos.

Consideremos las dos creaciones hispánicas. En ellas lo real y lo fantástico no se absorben, sino que se insertan lo uno en lo otro, sin perder por ello sus primeras significaciones. Se ha hablado mucho del realismo español y también del sentido de trascendencia caballeresca y ecuménica que anima a los grandes pueblos cabeza del tronco hispano. Este sentido ecuménico y caballeresco brota de las dos obras por debajo de los aspectos cuya relación estamos examinando y hace de ellas expresión la más luminosa del espíritu y del destino hispanos.

En «Os Lusíadas», como en el «Quijote», lo fantástico y lo realista están presentes como tales. Ni Alonso de Quijano es, por

ellos, — Fingidos de mortal e cego engaño. (Canto X, v. LXXXII.)

A lo largo del poema los dioses discuten la conducta a seguir con los portugueses; Venus y Marte, siempre decididos a favorecerles; Baco, en cambio, a impedir por emulación la llegada a la India. Y si se interfieren en la acción épica en actitud ya amistosa, ya hostil, con los héroes, unos y otros se mantienen en sus propias esferas. La realidad y la fantasía se entremezclan; el realismo histórico, muy transfigurado, y, por tanto, quizá aún más real, en la insuperable poesía del canto, pero en absoluto dentro del orden de los hechos humanos y acaecidos, y el ámbito mitológico tratado con admirable humanismo y aun con graciosa ironía, pero en su propio lugar, sin confundirse con el estrictamente intramundano. En el «Quijote» la perfecta distinción entre ambos órdenes, el de la andante caballería y el de la vida del hidalgo, de su pueblo, de la España de su tiempo, aparece también perfectamente establecida, aunque los hechos reales sean tratados con adorable y lírica fantasía, como en la historia de Crisóstomo y en las que se entrecruzan en la venta.

SI REDACCION
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

LA CULTURA Y EL LIBRO HISPANO-LUSITANO

Por JUAN ANTONIO TAMAYO

Las manifestaciones literarias españolas y portuguesas de tal modo son hermanas que en la historia es imposible marcar una frontera entre ambas literaturas. Los cancioneros galaicoportugueses, el «Amadís de Gaula», el «Cancionero de Resende», Gil Vicente, Sá de Miranda, Jorge de Montemayor, Gregorio Silvestre, Francisco Manuel de Melo, son libros y autores que pertenecen a la vez a las letras lusas y a las hispanas. Abundaron en otro tiempo los escritores bilingües. Todavía Camoens escribía versos en castellano y Castillejo en portugués. Las bibliotecas del país hermano conservan tesoros bibliográficos del siglo XVI y XVII y las españolas guardan ricos fondos portugueses antiguos. Por desgracia, una interrupción de siglos ha hecho variar este estado de cosas. Hoy es más fácil emprender en Portugal un estudio sobre Garcilaso que sobre un poeta español de nuestros días, y aquí hallamos más fácilmente las obras de Ribeiro que las de un novelista portugués contemporáneo.

Una ojeada a los escaparates de las librerías de Lisboa, de Oporto, de Coimbra, de cualquier ciudad portuguesa, sería bastante para ilustrarnos de la fortuna del libro español en la patria de Camoens, de igual modo que un paseo por las calles madrileñas hasta al curioso para conocer la difusión que entre nosotros goza el libro portugués. La conclusión a que fatalmente se llega es desoladora. El símil de los cuerpos gemelos vueltos de espaldas con la vista fija en lejanos y opuestos horizontes es, desgraciadamente, exacto una vez más. La juventud portuguesa durante el siglo XIX ha atravesado España sin detenerse para buscar en París un complemento a su formación intelectual. Los españoles, por su parte, seguían en aquellos años análogas rutas, y era más probable que los intelectuales portugueses y los nuestros entraran en comunicación a la orilla del Sena o del Támesis que del Manzanares o del Tago. La excepción de algún espíritu que sintió y amó profundamente lo peninsular, como Unamuno, sirve sólo para confirmar la afirmación anterior. El catedrático de Salamanca se interesó por los paisajes y las letras portuguesas, y, en justa reciprocidad, en Portugal han sido leídas y estudiadas sus obras con amor. En relación con ello anticiparé una noticia literaria: el culto escritor lusitano Vitorino Nemesio tiene en preparación una obra, titulada «Portugal y Unamuno», reveladora de que en la nación hermana no se olvida al autor de «Por tierras de Portugal y España». Y es que el amor y el interés son mutuos, recíprocos y comunicativos. Hagamos que nuestros escritores conozcan Portugal y se interesen por él y que los intelectuales portugueses visiten España y se ocupen de nuestras cosas. El resto vendrá por añadidura y se dará espléndida y gloriosamente.

¿Qué observaremos en nuestro hipotético paseo ante los escaparates de las librerías lisboetas? Libros, libros portugueses, sí; pero también libros, muchos libros escritos en francés y en inglés, impresos estos últimos en ambas orillas del Atlántico. El intelectual portugués del siglo XIX se ha nutrido esencialmente de esencias francesas, como ocurrió, en general, a todo el mundo occidental hasta la difusión en el siglo XX del pensamiento filosófico y de la técnica alemanas. La cultura francesa tiene, pues, en Portugal una vieja tradición, que se ha reflejado de antiguo en la gran difusión del libro francés. Hoy se tropieza con dificultades, por la situación política del mundo, para que lleguen a Portugal las novedades literarias galas. Pero el mercado portugués estaba bien abastecido de antiguo y los libros escritos en la lengua de Molière que salen de los viejos fondos de las librerías portuguesas siguen ocupando un lugar visible en las mismas. Se observa, por otra parte, en estos últimos tiempos un sorprendente aumento del volumen de obras escritas en inglés que se ofrecen al curioso en los escaparates portugueses. Libros, muchos libros, de ciencia, de historia, de literatura, de propaganda bélica, que inundan, invaden el mercado, al que llegan incesantemente las últimas novedades de cuanto se publica en Inglaterra y Norteamérica. Y al lado de esta avalancha, ¡qué mezquina en número la representación del libro español! Representación inexistente en muchos casos, siempre incompleta y pobre. En España, pese a las dificultades de nuestra postguerra, agravadas por la coincidencia con el inmenso conflicto que hoy hace estremecer al mundo, la industria editorial mantiene su tono digno y señor. El libro de España puede hoy ponerse sin desdoro junto al

de cualquier otra procedencia. Por otra parte, el ritmo y la calidad de nuestra producción no han disminuido. ¿Por qué, pues, el libro español no transpone las fronteras?

Por fortuna, las causas que motivan la ausencia del libro español en Portugal, como la del libro portugués en España, son de índole puramente material y no se refieren al espíritu. Las dificultades materiales, por grandes que sean, pueden, con amor y buena voluntad, ser vencidas; no así los divorcios espirituales, que levantan murallas insalvables. Nunca olvidaremos el amor y comprensión de los portugueses hacia la auténtica España, manifestado en todas las formas posibles, durante nuestra Guerra de Liberación. Las dificultades, pues, son de tal índole que con amor, comprensión y hasta, si es necesario, con desinterés y sacrificio, pueden y deben ser vencidas.

El libro español no llega de manera suficiente a Portugal, ni el portugués a España; no por falta de atención en los libreros ni de iniciativa en los editores; tampoco por desvío del público, que no puede sentir desamor—ni amor—hacia lo que no conoce. Se trata únicamente de

parcial y no el más importante. He aquí un negocio en el que muchas veces a un Estado le conviene perder, con tal de llevar a otros ámbitos sus ideas, su cultura, su tradición. Más importante aún el problema del libro español y del portugués si se tiene en cuenta que para una persona de cultura media no es necesaria la traducción y que, por lo tanto, el libro puede ser difundido directamente en la forma original. Cuando en Portugal es traducida alguna novela española—podríamos citar varias—, se hace esto no tanto por facilitar que la obra sea entendida como por razones de coste, pues se da el caso de que la obra, traducida e impresa en Portugal, con análogas condiciones materiales a la edición original española, puede ser vendida a un precio inferior a la mitad del de esta última.

No bastaría, sin embargo, facilitar la entrada del libro español en Portugal y del libro portugués en España y hacer de modo que puedan ser vendidos a un precio no prohibitivo si esto no va acompañado de un movimiento general de atención hacia el país hermano. Y este movimiento tiene que partir, como siempre ocurre, de los elementos cultos. Salvo con-



hacer que el libro sea puesto a la venta con un precio abordable, a lo cual se oponen las dificultades derivadas del cambio de moneda y las barreras aduaneras. Un problema muy parecido al que hoy tiene planteado el libro español en América, estudiado con gran penetración en un interesante artículo del número de septiembre de la revista «Bibliografía hispánica», publicada por el Instituto Nacional del Libro Español. Podemos afirmar, coincidiendo con este trabajo, que el libro español que llega a Portugal, como a América, tiene que ser vendido a un precio aproximadamente doble que el libro portugués, francés o inglés; es decir, a un precio, en la práctica, prohibitivo, y de los que en el argot usual de los negocios se denominan «no comerciales». De ahí que sólo puedan ser vendidos, y siempre en pequeña escala, aquellos libros de valor excepcional que interesan a un número, siempre limitado, de especialistas.

Nos damos cuenta de las dificultades de un problema cuya solución, por su complejidad, ha de ser estudiado entre varios ministerios: Hacienda, Industria y Comercio, Asuntos Exteriores, Educación Nacional. Creemos, no obstante, que debe ser resuelto, aun con sacrificio. Porque el libro no es sólo una mercancía; es un medio transmisor de cultura. Considerarlo sólo como una manifestación de riqueza, que tiene un valor en venta y un valor en cambio, y unas características materiales que pueden ser objeto de tasas y gravámenes, es verlo sólo en un aspecto

tadas excepciones, puede afirmarse que Portugal y España, tierras fecundadas por los mismos ríos, acariciadas por las mismas auras, se desconocen... Limitándonos al campo estricto de las letras, cabría preguntar: ¿Qué sabemos, qué hemos leído o traducido de los escritores portugueses de hoy? Los nombres que podríamos citar—Eugenio de Castro, Julio Dantas, Juan de Barros—pertenecen ya a otra generación. Falta incorporar a nuestra cultura los nombres de los escritores inspiradores de esa pujante «moedad». De modo análogo, en Portugal no se nos conoce, o, lo que es peor, se nos conoce incompletamente, al través de escritores representativos de una España que no es la España imperial de nuestros días. Es urgente, pues, impulsar fuertes y continuas relaciones intelectuales entre Portugal y España. Y para ello, ante todo, interesar en esta empresa a los escritores, a los publicistas de ambos países; que unos y otros se sientan atraídos por los temas del país hermano. No se ha borrado de nuestro recuerdo la impresión que nos produjo el examen del «Índice de autores da revista «Biblos», publicado en 1941. «Biblos» es tal vez la más importante revista científica portuguesa, y cuenta ya con diecisiete años de fructífera vida. En este tiempo ha publicado gran número de artículos y de reseñas críticas de libros y han colaborado en sus columnas buen número de publicistas extranjeros, cuyo número se descompone en dieciséis alemanes, diez franceses, seis ingleses, otros

tantos italianos y ¡dos! españoles. De igual manera, mientras son reseñados en «Biblos», en sus dieciséis primeros años de vida, más de ciento cincuenta libros, portugueses y extranjeros, de ellos solamente tres son libros hispánicos.

En este clima de ausencia es muy de agradecer cualquier signo que revele interés y atención. Por eso en España decimos acoger con gratitud y cariño el reciente libro de Alberto Xavier «Dom Quixote», pese a lo limitado de su visión, sobre todo si no olvidamos que carecemos de una obra de autor español en que se estudie monográficamente la relevante personalidad de Camoens.

Por fortuna, en estos últimos años, después de finalizar nuestra guerra, se advierten síntomas evidentes de un cambio radical en este estado de cosas. Una vez más no es en el terreno del arte, sino en el campo de la ciencia—menos recogida en sí y necesitada de una mayor relación exterior—, es donde empiezan a surgir estas nuevas tentativas, que serán, sin duda, fructíferas en corto plazo. Buena prueba de ello ha sido la considerable aportación española al último Congreso de las Ciencias celebrado en Oporto hace pocos meses. En el sector de las ciencias literarias cabe también señalar las conferencias de los catedráticos de nuestra Universidad Central, D. Dámaso Alonso y D. Joaquín Entrambasaguas, en las Universidades portuguesas. El primero de ellos, sobre haber publicado una edición magistral de la tragicomedia de Gil Vicente, «Don Duardos», dirige y prepara la naciente «Biblioteca hispanolusitana», que, patrocinada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y su Instituto «Antonio de Nebrija», prepara la publicación de valiosos originales de escritores españoles y portugueses. Nuestra «Revista de Filología Española» cuida de reseñar las publicaciones portuguesas importantes, ya de filólogos, como Paiva Boileu, ya de eruditos y críticos, como Marques Braga. En su último número, que acaba de aparecer, publicase un importante artículo del profesor portugués doctor Armando Lacerda y la investigadora española María Josefa Canellada acerca de la entonación comparada de las lenguas española y portuguesa.

Pero, sin duda, el más grato suceso que hemos de anotar en lo que se refiere a la aproximación cultural lusoespañola es la concesión del premio Camoens en 1941 a uno de nuestros publicistas, el catedrático D. Jesús Pabón, por su libro «La revolución portuguesa». (De Don Carlos a Sidónio Pais.) El premio Camoens está instituido con carácter bienal para escritores extranjeros que se ocupen de temas portugueses, y se concedió por vez primera, en 1937, al catedrático suizo Gonzague de Reynold por la obra titulada «Portugal». Dos años después, en 1939, logró la preciada distinción el libro «I gathered no moss», de John Gibbons. Y en 1941 corresponde, entre catorce obras redactadas en todos los idiomas importantes del mundo, a una producción hispánica. Tanto más ejemplar y alentador este premio cuando se trata, como en este caso, de un libro de historia contemporánea de carácter científico, no panegírico. La distinción revela que el autor supo ver y comprender a Portugal, ha sabido entenderlo, inteligentemente, adoptando la posición que quisiéramos hallar en todos los intelectuales españoles.

Existe, por fortuna, un organismo que podría ser base firme de una intensificación de nuestra relación cultural con Portugal. En Lisboa radica un grupo de profesores hispanos: los que integran el Instituto Español de Enseñanza Media. Entre ellos la agudeza y cultura filosófica de Eugenio Montes; la inquietud humana de Eugenio Asensio—el hombre que conoce mejor la copiosa poesía portuguesa en castellano de la Edad de Oro—; la segura formación humanista de Marcial J. Mayo; la erudición histórica de Antonio Ibot, que tiene a punto de salir de las prensas un interesante libro de tema portugués, su estudio acerca de «La biblioteca del Palacio de Maifra». La actividad del Instituto Español de Lisboa trasciende del orden puramente escolar relacionando nuestra cultura con la cultura portuguesa. ¿De cuánta importancia sería intensificar esta labor! Soñemos con un Instituto Español de Cultura en Lisboa, análogo a los que tienen establecidos Alemania, Francia e Italia, que organice Exposiciones, conciertos, cursos y conferencias; que lleve a Portugal a nuestros profesores y especialistas, y que cuidara también, tutelarmente, de nuestro libro, del problema de la difusión en Portugal de estos libros españoles que hoy representan un magnífico exponente intelectual del nuevo Estado.

Unamuno en Portugal

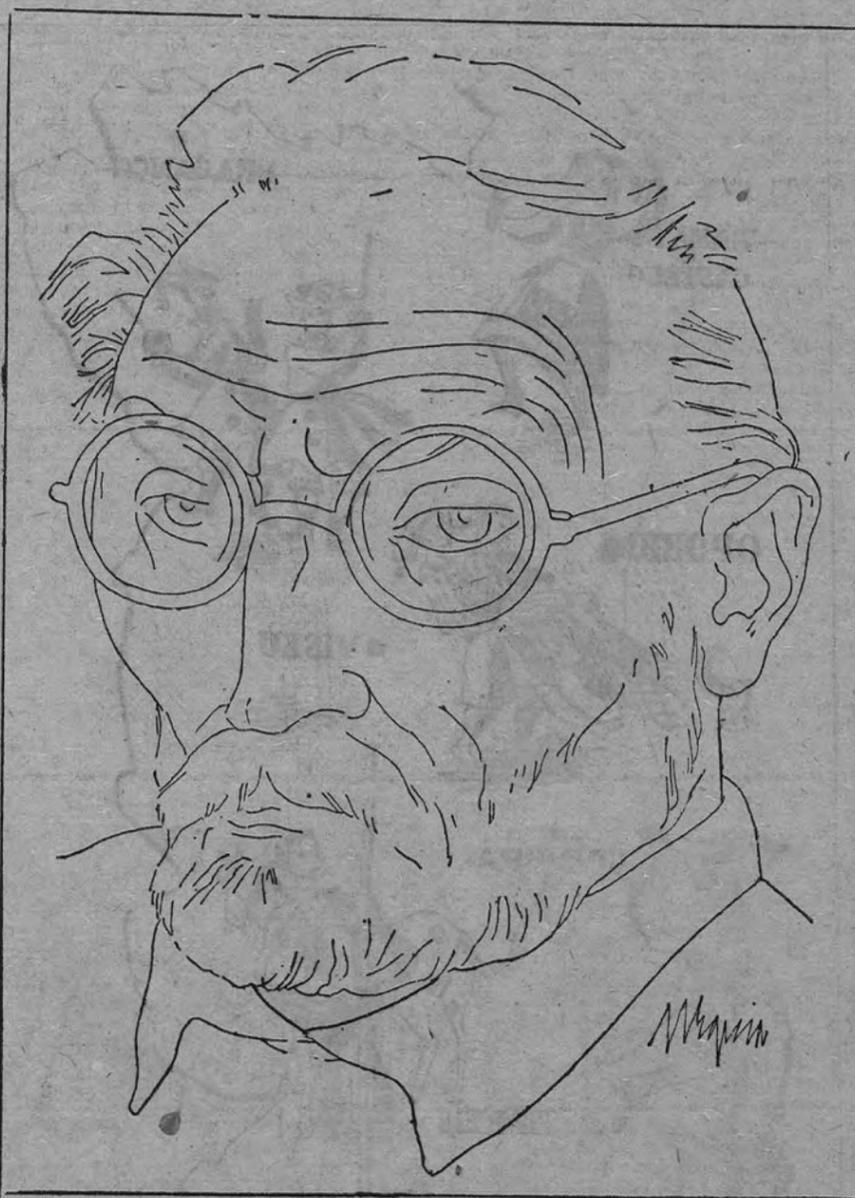
De un muchacho español de 1942 a un muchacho portugués de 1942

Por JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

Te preguntará acaso, querido amigo portugués, por la razón de ésta que se te antojará desorbitada carta. Aun está fresca la tinta de la tuya, y en ella no me hablabas de las andanzas de ningún portugués por esta mi ancha y seca España, sino de esas pocas y elementales cosas de que hoy nos parece razonable hablar: la primera, tu angustia estremecida ante un porvenir que tiene que ser nuestro. Y yo te contesto con las andanzas de un español por esa mínima y dulce tierra tuya. Podría argüirte que, hablandote de él, te hable de ese porvenir. Abre, sino, la «Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes y Saavedra, explicada y comentada por Miguel de Unamuno», y en la página 260 de la tercera edición leerás esto: «¿No hay algún nuevo mundo del espíritu cuyo descubrimiento nos reserve Dios cuando osemos, como los héroes de Camoens, lanzarnos a mares d'antes nunca navegados en espirituales carabelas labradas con madera de los bosques de nuestro pueblo?»; Y no es justamente eso—el espíritu—lo que en tu carta dices que sólo nosotros podemos salvar? Pero prefiero no parapetarme tras textos de ninguna especie. Porque luego tú me vendrías invocándome otros exactamente contrarios, que de todo hay en esa viña del Señor que es Unamuno. No, no es esa la razón de hablarte de él. Pero tampoco un frívolo afán anecdótico. Para escribirte historia muerta, te escribiría de otros españoles que antes que D. Miguel pisaron Portugal: te hablaría, por ejemplo, de Espronceda. O de Larra. ¿Qué gran artículo «documentado» el que le relacionara con vuestra pléyade de suicidas: Antero de Quental, suicida; Joanes dos Reis, suicida; Camilo Castello Branco, suicida; Moinho de Albuquerque, suicida!... Menos aún te hablaré de D. Juan Valera, con haber él hablado tanto de Portugal. Ya ves, ¡otro gran artículo de crítica literaria desperdiciado! Su «Poesía del Brasil», la Lisboa de su «Morsamor», el Brasil de «Genio y figura»... Pero no es eso lo que a ti y a mí nos interesa, ni relaciones corteses y diplomáticas al modo de las que preconizaba Valera, las que queremos. Nos suenan demasiado a cosa oficial y relamida. «Dejémoslos ir como los novios que van a vistas, a fin de conocerse y tratarse», decía Valera. Parecido a lo que más rotundamente afirmó años después Antonio Ferrer: «España y Portugal, siempre novios, pero sin hablar de casamientos.» Las dos frases pueden entusiasmar a quien le turben el sueño cocos imperialistas; a mí no, porque nunca se me han aparecido tales cocos.

Claro que yo no digo que Portugal y España deban acabar en boda, ni lo deseo; lo que sí digo es que el parentesco está mal escogido: no novios, sino hermanos; por lo tanto, nada de bodas; pero tampoco simple amistad. Mas con esto, amigo, nos hemos alejado de nuestro hilo; conque salgamos de la historia muerta.

Porque Unamuno es, sobre todo, historia viva. Pero antes de entrar en ella debo explicarte el por qué de ese epíteto de antunamunescas con que he bautizado esta carta. Quiero decir con él—extremadamente, lo concedo—dos cosas: la primera, que ya va siendo hora de que se coloque a don Miguel en su justo lugar. ¿Guía, precursor...? Se ha abusado en esto de buscarle antecedentes a las cosas nuestras en los hombres del 98. Nada más fácil que encontrarlos en quienes, por no casarse con una idea, las tuvieron a todas de amigas; pero nada más inútil que pretender dar fijsa a lo que fué capricho de un momento en quienes, con Unamuno, podían conjeturarse: «Dicen que lo helénico es distinguir, definir, separar; pues lo mío es indefinir, confundir.» Por eso, «Unamuno, nuestro», gritamos alguna vez; y del otro lado se nos contestó lo mismo, y con no menor razón. Ni de unos ni de otros: desorientado. Claro es que no reniego de él, como de ningún valor español; pero español, bien entendido, por la sangre, por su instinto; español telúrico, a la manera de Goya, de tantos otros extraviados; y español, por ello, peligroso. ¿Para hacerle



la estatua consabida y quemar al pie sus obras?

La segunda razón de ese mi antiunamunismo es que no estoy conforme, como tú no lo estarías, con su Portugal. Por supuesto, que si hemos de emprender juntos ese rescate del espíritu de que me hablas, hemos de empezar por conocernos, y la más autorizada versión española de tu tierra está en Unamuno; pero versión que necesita sus comentarios, y por eso la traigo aquí. Pues él amó a Portugal; y lo amó entrañablemente. Los otros «pensaron» ante Portugal; él, no. Se contentó con dejar hablar a la sangre, y por eso aun sus errores y sus críticas saben más a hermano que las más azucaradas loas al uso. Yo quiero revivirle en vuestras viejas ciudades dormidas que él visitó: en Coimbra, su otra Salamanca; en Braga, archiepiscopal; en vuestro monasterio de Alcobaca, extático ante el sepulcro de D. Pedro y doña Inés, la que

...después de ser morta, foi Rainha,

en los versos de Camoens; en Guarda, leyendo a Castello Branco, su Camilo, como en Braga, como en Salamanca, como en todas partes; en Amarante, junto al Tamega, en la inolvidable compañía de Teixeira de Pascoaes... En nuestra literatura, él es quien más alta canta la nota portuguesa; cuando toda una generación laica y doctoral del «Sol» y la revista «España» se inclinaba ante la ciencia centro-europea, él, único, se volvía hacia

Jardín da Europa, a beira-mar plantado,

Le atraía más que ninguna otra tierra, fuera de su pelada Castilla; desde la lengua dengosa, dulzura y halago, «sobre todo para los que tenemos hechos los

oidos al recio martilleo del huesudo castellano», hasta su «paisaje mimoso» y la que él llamaba «dulzura del aburrimiento y miel de la modorra». «Yo no sé en qué consiste—escribió en 1908—, pero en esta tierra portuguesa, casi todos aquellos con quienes cruzo me parecen antiguos conocidos; tienen caras que he visto en alguna otra parte»; hago un viaje allá por lo menos una vez al año, y cada vez vuelvo más prendado de ese pueblo sufridor y noble; y después, «¿Qué tendrá este Portugal para así atraerme? ¿Qué tendrá esta tierra, por de fuera riente y blanda, por dentro atormentada y trágica? Yo no sé; pero cuanto más voy a él más deseo volver.

Tú sabes las largas conversaciones nuestras sobre los destinos paralelos de nuestros pueblos; y cómo en Oliveira Martín—ese gran historiador, pero con tantos peros...—hemos seguido sus rumbos. Reconquista española y reconquista portuguesa; España en Africa—Orán—y Portugal en Africa—Ceuta, Tánger, Arcilla—; el Felipe II del Escorial y el Juan III de Mafra; y Colón y Vasco de Gama; y si allí Cortés y Pizarro, acá Castro y Alburquerque. Y luego, en la decadencia, Aranda y Pombal; Carlos III y José I; Independencia americana e Independencia del Brasil; rebelión santa de Don Carlos y de Don Miguel; y triunfo del liberalismo con Isabel II y con María II. Pero ahí nos parábamos; y no vimos cómo seguían hermanados nuestros ya tristes destinos; pues vino el renegar los españoles de España y los portugueses de Portugal. Larra, diciendo que «escribir en España es llorar» y Costa, llorando «dos años perdidos en perseguir la resurrección de un cadáver putrefacto»—; que era España!—; y, de vuestro lado, Antonio Nobre, que termina su son-

to exclamando: «Amigos, ¡qué desgracia haber nacido en Portugal!» y Eça de Queiroz, y Oliveira Martins, escépticos ante su patria en ruinas, o, a lo más, amándola con un amor triste, cansado, amargo y sobre todo literario. ¿Recuerdas cuándo encontramos la palabra? Fué aplicándola a España y a nuestro «98». También éste amó a España; también Unamuno, y con un amor inmenso, de raíces en el alma, pero con un amor—ya no nos cabe duda—inconscientemente literario. Ya empiezan a descubrirse los lentes del 98. Todo lo deformaron. Hicieron bellas descripciones de la miseria de Castilla para que no le entraran ganas de sacudirse su modorra; llenaron de tragedia y angustia su casta sencillez sana y viril: un Antonio Machado la vistió de desvaídos terciopelos crepusculares para borrarla la memoria de la Castilla gentil mañanera que había sido; y un Zuloaga la pobló de idiotas y mendigos, en un morboso afán victorhuguesco, porque así tenía más «carácter». Era literatura y no historia. Pero ese nuestro falso casticismo, que nos arrancaba de Europa para injertarnos en Berbería, lo hemos matado. Y tú, ahora, dime, en el Portugal de Unamuno, ¿no hay mucho de «dentes del 98»? Porque ese su aminor, en el fondo, es sólo amor de cementerio, no de resurrección. ¿Serán precisas para ti las citas? «La historia toda de Portugal, ¿no hace acaso llorar? ¿No es algo plañidero?», escribe acerca de Alcobaca; «Portugal parece la patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios»; «el culto al dolor parece ser uno de los sentimientos más característicos de este melancólico y saudoso Portugal»; «no es el «tono de tristeza» fundamental en la literatura portuguesa? Elegía o burla. Jáo dos Deus o Eça de Queiroz. Pero tú sabes mejor que yo cómo eso, que pudo ser cierto aquí o allá, no lo es, en absoluto; cómo la España del XIX no es España. El Portugal de Unamuno es así: parcial. «Aquí—este «aquí» es en Espinho, y quien lo dice, Unamuno—hay el culto a la muerte, sólo que en vez de ser trágico, como en España, es elegiaco y triston.» Tú sabes que la tragedia, la inmensa tragedia agónica de una perenne lucha consigo mismo, la llevaba en sí el propio Unamuno, por dondequiera que pasara. España no era trágica ni atormentada; él, sí. Y Portugal... Decía Eugenio d'Ors que Europa es Atenas más Portugal: lo puro clásico añadido a lo puro barroco. Barroco, sí, Portugal, como España; si éste es voluntad, aquél es lirismo, ventana abierta a todas las resonancias del Océano, sugerencias curvas y opulentas de las Indias de Oriente y de Occidente, brisas verdes y papagayos, conversaciones en Goa, volutas del manuelino, que Unamuno llamaba estilo «tirabuzonesco», todo él rizos y trenzados—«marineros»—; justamente la ternura que esa «larga galería luminosa» nos da, y necesitamos, pero ¿pueblo muerto?...

Mas veo que la carta resulta ya excesiva. Y lo esencial de mi propósito, cumplido: hablarte de Unamuno, un español que no se volvió de espaldas a Portugal. Ya es bastante. Pero no todo, sin el necesario contrapunto: pues palabras de simple amor romántico y lastimero no nos bastan para cumplir nuestro futuro. Que—tienes razón—se cumplirá. Es la historia la que nos empuja a los unos hacia los otros, en una hermandad a la que tocan fines más altos que los que la llenaron hace cinco centurias. Es destino. Y ese destino, amigo mío, no lo lograría el Portugal que Unamuno ve «como una hermosa y dulce muchacha campesina que de espaldas a Europa, sentada a orillas del mar, con los descaizados pies en el borde mismo donde la espuma de las gemebundas olas se los baña, mira cómo el sol se pone en las aguas infinitas»; pero sí lo logrará el Portugal que en ti, y en los que como tú son, descubro; no ya el crepuscular y elegiaco de Unamuno, ni el romántico y exótico, sombrío y suicida, de Gómez de la Serna, sino el de hoy, el imperial; el que nutuyó el amor jubiloso y ecuménico de Rubén:

...Porque llega el momento en que habrán de cantarse nuevos himnos... [tar nuevos himnos,

Memoria de un jardín, un río y una fuente

Por ROMAN ESCOHOTADO

QUIEN viaje desde Lisboa a Oporto—quiere decirse del Tajo al Duero, del bello mar de Estoril al áspero mar que se come las calles de Espinho cada invierno—debe, al llegar a Leiria, con su castillo en lo alto y la temblorosa sombra del "padre Amaro" por las plazas, tomar un camino a la derecha de la ruta. Un camino que se pierde bajo los árboles y que mira en la penumbra hacia España. Si le pregunta alguien a dónde va, puede contestar que en busca de una fuente.

La fuente está en Thomar, y deja correr su agua sonora desde hace cuatrocientos años. En torno suyo, la piedra antigua ha aprisionado hasta lo inexpresable la armonía, y es acaso por ello por lo que el agua canta. Al bello claustro que rodea esa fuente llaman los portugueses "de Philippe", porque nuestro gran Rey juró en él la corona portuguesa, allá cuando los días de Portugal y España no tenían parecido en todo el ancho mundo.

El guardián del monasterio de Thomar—que ha levantado una casita rosa junto a los viejos muros de los Templarios y cuida los macizos de boj que hay a la entrada—seguirá hablando todavía, como siempre, de cosas más antiguas que la fuente, aunque el agua que canta sea vieja como el Tiempo. Seguirá hablando de Don Gualdín.

Un río envuelto en frondas pasa y pasa a los pies de Don Gualdín, primer Templario portugués, fundador de la Orden, que fué a Jerusalén, y al volver construyó el castillo y la iglesia primitivos, allá en el siglo XII. Más tarde, el mismo río irá al entierro de D. Diego de Gama—hijo del navegante—, detrás de cuya tumba se abre en el muro de un claustro silencioso una ventana con rejas corridas por los días antiguos. Alguien vive en la celda que recibe la luz de esa ventana. No caerá en vanidades fácilmente... Pero la fuente suena incesante, armoniosa. Don Gualdín está allí, con sus dos fuertes manos reposadas sobre la empuñadura de su espada formidable. Don Gualdín está allí, sonriendo, porque la música del agua de esa fuente le gusta.

A nosotros también, tantos años después. Bordeando el castillo de Thomar, entre el Parque Municipal y los bastiones de la vieja muralla, hay un amable paseo provinciano, repleto de soldados y de niños. De noche, cuando nadie le pasea, se oye cantar la fuente del claustro de Felipe, al fin de ese paseo silencioso. Es como si su voz, la clara voz del agua, repitiera incesante estrofas conocidas, entrañables. La poesía y el heroísmo, iguales, de dos pueblos que, con la misma cuna y con la misma tumba, han hecho su camino por la Historia bajo la misma Cruz.

* * *

Hay un viaje que hacer, entre obreros que vuelven a sus casas cuando la noche empieza, sobre el lomo del Tajo. El Tajo ensancha tanto delante de Lisboa, que se parece al mar. No hay puente que lo cerque. Un español—que tal vez era poeta—hizo el "ferry-boat". Desde los muelles de la orilla derecha hasta los de la izquierda camina el vaporcito. Lisboa va quedando—salpicada de luces junto al río, con aureola de sol en las colinas—a la espalda. En la borda de popa se piensa que Lisboa es muy hermosa, y es verdad que lo es. En la de proa, se canta.

La noche sabe igual en todas partes, y sobre el agua oscura y rumorosa cualquiera siente su alma en su almanaque. El alma, aquí, quiere salir y andar, melancólica y libre, por encima de la mansa corriente.

Agua antigua y heroica que tantos han cantado a través de los días. Pero el tiempo no cuenta de noche sobre el Tajo. El alma va mirando, meditando, pensativa... Hay fiestas en Toledo—recién ganada

al moro—allá en el siglo XI, porque un Rey de León casa a sus hijas. La una es severa y fría, altiva y silenciosa. La otra, dulce y alegre. Dos nobles han venido de tierras extranjeras a luchar junto al Rey.

Doña Urraca da la mano a Raimundo. Doña Teresa a Enrique la mano, la miradora y la sonrisa. Así, lazos de amor y honor de guerra, comienza lo que acaba en la sombría "batalla de los siete condes". Muere el hijo del Rey, y la naciente España de la Reconquista alza el pendón de la Muy Noble Casa de Borgoña. El Tajo sabe todo y sigue caminando. Aun Lisboa era mora. Andaba—cabalgaba—en el destierro el Cid Campeador. De la dulce Teresa—gentil hasta de viuda—nacerá Alfonso Henriques, y, con él, Portugal. Ya no el Tajo, el Mondego mira, al pasar, su tumba de Santa Cruz de Coimbra. De la severa Urraca nace el Emperador Alfonso VII.

Sí, el Tajo sabe todo y sigue caminando. Desde los días de entonces van novecientos años por encima del agua. Y aun era viejo el Tajo en el siglo XI... ¿Después?... ¿Qué valen las disputas entre hermanos? Las grandes ocasiones nos encuentran. Las Navas de Tolosa y el Salado mezclan de nuevo la vieja sangre de la antigua Hispania. ¡Si hablara el ancho río! Jamás dos pueblos han estado más juntos; jamás dos Monarquías se han buscado tanto. ¿No hay llanto todavía en las almenas de las altas torres por un príncipe muerto?

Pero el Tajo camina silencioso. Caminar es hablar. Desde la dura tierra de Teruel, caminando. Y caminando ¿a dónde? Caminando al Atlántico. He aquí la voz del agua. Viejo Tajo, medieval en Toledo, melancólico en Aranjuez, imperial en Lisboa. Ni río ni hombre nacen sin empresa. El hermoso destino de tu vena fecunda, río peninsular, era y es el Atlántico. Y perdimos el tiempo de tres siglos, los unos y los otros, los hijos de la dulce Teresa, los de la altiva Doña Urraca, sin oír... Mas el mundo da vueltas, cambia, muere, y el agua—casi asombra—sigue fiel hacia el mar de los Descubrimientos y de las descubiertas...

* * *

Hemos visto, delante del jardín extendido que es Lisboa, a la linde del Tajo, el de la torre de Belem, llevada por España, la armadura del Rey Don Sebastián, el que se perdió en Africa con soldados de Hispania—tierra común de la Península—, el que vivió en las lágrimas de media Lusitania largos años. Como aquel Don Rodrigo, último godo, también resucitado por el llanto, cabe la misma mahometana furia. Mas Don Rodrigo es lumbre, tragedia y Edad Media, y Don Sebastián, no. Don Sebastián es Cintra: lágrimas de doncellas, elegía y azul Renacimiento. Sólo la media luna del Islam es la misma.

Lisboa es un jardín y Portugal entero es un jardín. Si se añaden los hermosos jardines de la India—aquellos que caían de las manos abiertas del gran Rey Don Manuel—, los jardines de América, no hay nada semejante. Y si la fuente de Thomar es simbólica, no cantan menos claro los riuñones de Cirtra.

Lo que es la plenitud es el origen. El jardín portugués de los mejores tiempos de la Historia lusitana es el mismo jardín de aquel viejo condado de Portugal que corría desde el Miño al Mondego, vigilado fielmente, entre los amoríos de una medieval infanta leonesa, por el fiero amor de su hijo, Alfonso Henriques, cuya barba de Rey se riza todavía en mármoles de Santa Cruz de Coimbra. Es jardín de heroísmo y poesía.

Sí, heroísmo y poesía portugueses. Heroísmo y poesía fundan Portugal, lo mismo que edifican España. Son el ancho jar-

(Continúa en la página 2).

